

TEOLOGÍA

Juan ARANA, *Teología para incrédulos*, BAC, Madrid 2020, 188 pp.

Esta obra es una joya inigualable, no solo por su contenido, sino también por su literatura y, sin duda, por su autor, Juan Arana Cañedo-Argüelles, al que he leído muchas de sus escritos sobre Filosofía de la Naturaleza y con quien he intercambiado alguna información a través del correo electrónico durante mi etapa de profesor de Filosofía.

Es una sorpresa encontrar a un filósofo escribiendo y hacerlo con tanta cautela y respeto. Una vez más se verifica aquello que decía el poeta-boticario León Felipe: “No sabiendo los oficios/ los haremos con respeto/ Para enterrar a los muertos/ como debemos/ cualquiera sirve, cualquiera... menos un sepulturero” (*Romero solo*). Sorpresa también por “conversión” (“remoción de ideas”. Sus ideas religiosas, como las de muchos de su generación, quedaron muy comprometidas en el mayo del 68. Él mismo lo explica de un

modo nítido: “Hace un año y medio experimenté una notable revitalización de mis sentimientos religiosos. Podría haber sido desencadenada por un rayo de luz atravesando la vidriera de una catedral -como le pasó a Paul Claudel-, o por la audición de La infancia de Jesús de Berlioz -como en el caso de García Morente. De haber sido así, a lo mejor habría escrito un ensayo sobre “El arte y lo sagrado”. Pero no. Lo mío fue un proceso más bien, aunque no exclusivamente, intelectual, y la única ubicación que le cuadra es la teología -sobre todo la natural, más que la revelada-. En todo caso, no la de un profesional, sino la de un simple aficionado” (p. 22).

Con enorme paciencia y con una ágil literatura, a lo largo de veinte epígrafes, va desgranando algunos aspectos que le han llamado la atención de la fe, la religión, la teología a lo largo de su periplo profe-

sional: la libertad, el problema del mal, la utilidad de la religión, etc. son algunos de los temas que aborda con absoluta maestría, como en todo lo que ha tocado a lo largo de su vida profesional Juan Arana.

Para quienes no tengan un conocimiento muy preciso del autor, les diría que Juan Arana ha sido Catedrático de Filosofía de la Universidad de Sevilla y académico de número de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas de Madrid. Ha impartido docencia en diversas universidades españolas y americanas y ha sido profesor visitante en varias universidades europeas. Su especialidad ha sido la antigua Cosmología o la actual Filosofía de la Naturaleza. Es autor, entre otras, de las siguientes obras: *El caos del conocimiento. Del árbol de las ciencias a la maraña del saber* (2004), *Los filósofos y la libertad* (2005), *Filosofía de lo cotidiano* (2005), *La visione cosmica di Erwin Schrödinger* (2008), *Los sótanos del Universo* (2012), *Límites de la biología y fronteras de la vida* (2014), *El proceso histórico de separación entre ciencia y filosofía* (2015), *La conciencia inexplicada* (2015), etc.

La publicación de esta Teología para incrédulos fue sometida al consejo de unos cuantos amigos (“perso-

nas en cuyo criterio confiaba”, p. 23), como confiesa en el prefacio. Al final del mismo, en el epígrafe de “Reconocimientos” (p. 25) aparece, entre otros muchos, la figura de Olegario González de Cardedal, que además es quien prologa la obra. Olegario hace un recorrido histórico en el Prólogo, que evidencia cómo filosofía y teología han ido de la mano casi siempre, señala quiénes son los posibles destinatarios de la obra y termina su disertación agradeciendo al autor esta obra que tiene mucho de autobiográfico y de clarificador para otras personas: “Al prologuista solo queda agradecer a Juan Arana que, tras haber dedicado en la Universidad largos años a la filosofía y a la ciencia, con estas páginas nos haya desvelado retazos de su trayectoria en el camino hacia Dios, permitiéndonos iluminar desde ella el nuestro. Al lector le deseo buen viaje en esta navegación por el ancho mar de Dios para la que son necesarios vientos favorables y remos esforzados” (p. 19).

Hago mías estas palabras y agradezco esta obra que me servirá sin duda para las clases con mis alumnos de Hecho religioso en la Universidad.

José Luis Guzón Nestar

Tadeusz DAJCZER, *El poder de la fe*, San Pablo, Madrid 2019, 106 pp.

Libro breve, aparentemente sencillo, de este teólogo polaco que últimamente está siendo muy traducido en España. Es el quinto libro que escribe ofreciendo meditaciones sobre la eucaristía, en este caso desde la óptica de la necesidad y el primado de la fe. La introducción corre a cargo de Waclaw Tomasz Depo, arzobispo de Czestochowa. También polaco. Tanto en la introducción, muy breve, como en el conjunto del libro, se aprecia una visión de la eucaristía desnuda de ropajes, en la que no se ofrecen ayudas de tipo pastoral ni concesiones a la necesidad de reformas para hacer que la eucaristía resulte más afectiva, más cautivadora y atractiva, mediante recursos renovados y cercanos. No: la eucaristía tiene un valor infinito en sí misma y como tal no queda más que vivirla a partir de la fe, para reconocer en ella la presencia de Jesús. Es, por tanto, un libro que nos sitúa ante la objetividad del sacramento, sin ningún tipo de componendas, uno de esos libros que en la literatura religiosa actual no son tan habituales.

La obra tiene cuatro partes bien diferenciadas. En la primera de ellas, se nos presenta la figura de Abrahán, como padre de la fe. Ya que todo el libro nos habla del poder de la fe, es un buen comienzo. De forma sencilla a la vez que

profunda se nos sitúa en el contexto de Abrahán, en el que todo encajaba en un cosmos completo, donde todo adquiriría sentido, amparado en la tradición del pueblo. Prácticamente, ni era necesaria la fe como experiencia personal de riesgo, escucha y confianza. Abrahán se fía de un Dios desconocido, que hasta entonces nunca se había dirigido al ser humano de esa manera. Pues bien, esa fe de Abrahán es la que necesitamos para vivir la eucaristía: la que implica riesgo, confianza, no mirarse a sí mismo sino en Dios que todo lo da, que nos ha prometido su presencia. El paso de Abrahán supone salir de la religión del mito para entrar en la religión de la historia, en la que Dios se va revelando en acontecimientos concretos. Es algo que se va a mantener en los creyentes posteriores, como en el caso de Moisés, que irán viviendo la historia en relación con Dios, para descubrirla como historia de salvación y en la que la fe significa combate, falta de seguridad, camino incierto. Todas estas miradas al Antiguo Testamento son para tender puentes con el momento actual, en el que la fe sigue pidiéndonos el salto al vacío, también para vivir la eucaristía.

En la segunda parte continúa la reflexión sobre la fe, en este caso refiriéndose a la fortaleza y la debilidad que le son inherentes. Del

mismo modo, la eucaristía nos ofrece la mayor de las fuerzas; pero sin cerrar los ojos a la evidencia que nos hace descubrir que la vivimos como si no fuera nada, con gran debilidad. Nos acercamos a la eucaristía de un modo tan anodino, con tan poca fe, que no le permitimos que transforme nuestra vida, llene nuestro corazón y la fuerza de la gracia pase a través de nosotros al resto del pueblo. Confundimos la fuerza de la eucaristía con el sentimiento que querríamos experimentar, de forma sensible. Y en varias partes del libro deja claro que fe y sentimiento no son lo mismo. Por eso dice: “Al final debe desaparecer la experiencia directa, deben terminarse las experiencias emocionales; pero querer vivir sin ellas significa permanecer en estado de prueba, en oscuridades. Y eso quiere decir: procurar no buscarse a sí mismo” (p. 58). Asocia la eucaristía con el olvido de sí: el que es necesario para poder vivirla en toda su hondura, y el olvido de sí que produce en cada uno de nosotros.

La tercera parte es muy similar a la segunda. Continúa profundizando en la necesidad de abrirnos con arrojo a la maravilla de la eucaristía, trabajándose personalmente en actitudes de confianza, de dar importancia en la vida a lo que realmente la tiene, desinvolucrándonos de aquello que carece de valor. El personaje al que da más importancia en esta parte es

a Elías, el profeta que aprendió la importancia de la contemplación precisamente cuando se sentía perseguido a muerte, inseguro... Ser capaz de confiar y mantener la confianza en esos momentos en un Dios que se revela en la brisa y no en el terremoto, que es lo que le gustaría, es descubrir el poder sanador de Dios en nuestra vida.

Finalmente, en la cuarta parte del libro, quizá la más breve, la meditación gira en torno a la santidad, la construcción de la Iglesia, que nos compete a todos, la labor del Espíritu Santo, a quien debemos dejar actuar en nosotros, desapropiándonos, el poder de la unidad entre los creyentes que genera la eucaristía, mucho mayor que el que nos proporciona la amistad... Es como un recorrido por los frutos que una eucaristía vivida con hondura puede producir en el creyente.

Las referencias más abundantes del libro son a los papas Juan Pablo II y Benedicto XVI. Todo el libro en su conjunto, como ya he dicho, da una visión un tanto conservadora del sacramento, desde una teología que hoy nos resulta más propia de otros momentos, con una apelación constante a la fe, concebida fundamentalmente como don, pero también como tarea en la que hay que implicarse... Pero lo cierto es que este escritor es muy buen comunicador y sus ideas, que

en otras personas podrían resultar anacrónicas, tocan el corazón, están muy bien expresadas y pueden ser no sólo atractivos, sino inclu-

so fecundas de cara a una vivencia más profunda de la eucaristía.

Esteban de Vega

Felicísimo MARTÍNEZ, *La salvación*, San Pablo, Madrid 2019, 342 pp.

Felicísimo Martínez es un religioso dominico, profesor en el Instituto Superior de Pastoral de Madrid, en donde durante muchos años ha impartido las materias de Cristología y de Moral Fundamental. Enseñó también Teología Dogmática en el Seminario Interdiocesano Santa Rosa de Lima (IUSI, Caracas) y en otras instituciones en Caracas. Es autor de muchos libros, de los que queremos destacar: *Fe para personas inquietas* (2015); *La moral cristiana, ¿opresora o liberadora?* (2016) y *Palabra y silencio de Dios y sobre Dios* (2018).

El teólogo dominico peruano Gustavo Gutiérrez afirmaba en su primera obra *Teología de la liberación. Perspectivas* (1971) que una de las grandes carencias de la teología actual es la ausencia de una reflexión profunda y lúcida sobre el tema de la salvación. Ante una mirada superficial esto puede parecer sorprendente, pero es lo que ocurre con todos los asuntos difíciles: se teme abordarlos”.

También el teólogo dominico Yves Congar afirmaba: “Una cuestión sobre la que se ha escrito poco: ¿qué significa para el mundo y para el hombre, ser salvados?, ¿en qué con-

siste la salvación? Es necesario volver a preguntarnos muy seriamente sobre la idea que nos hacemos de salvación. Casi no hay una noción teológica implicando consecuencias inmediatas, muy concretas y muy importantes, que haya sido dejada en tanta vaguedad, y que reclame, de la manera más urgente, una elaboración adecuada” (*Situación y tareas de la teología hoy*).

Creemos que Felicísimo Martínez ha superado esta carencia en la teología regalándonos este nuevo libro sobre la salvación. Desde un planteamiento teológico y pastoral pretende afrontar un tema nada fácil porque estamos en una situación en la que la cuestión de la salvación no preocupa tanto como en épocas pasadas. A lo largo de la obra se cuestiona estas preguntas: ¿Qué entienden por salvación creyentes y no creyentes? ¿Tiene alguna resonancia la palabra salvación en los oídos y en la sensibilidad de las personas de hoy? ¿El tema de la salvación ya no interesa a nuestros contemporáneos?

En muchos la preocupación por el pan de cada día, por la salud, por el bienestar familiar o por la justicia y la solidaridad con los pobres

y necesitados ha desplazado a un segundo plano la preocupación por la salvación personal.

La teoría del poshumanismo o del transhumanismo contemplan la posibilidad de conquistar a medio plazo la inmortalidad terrena gracias al progreso científico y tecnológico. En la Cumbre Internacional de Longevidad y Criopreservación, celebrada entre Madrid, Barcelona y Sevilla en mayo de 2017, el venezolano José Luis Cordeiro hacía algunas afirmaciones que recogen bien la filosofía del transhumanismo: “Lo que es hoy ciencia ficción será ciencia mañana”. Convencido de alcanzar la inmortalidad terrena, afirmaba: “Vamos a asistir a la muerte de la muerte”. Y como fecha para este logro el año 2045. Prometía el triunfo sobre el envejecimiento y el logro del rejuvenecimiento.

En todo caso, las propuestas del transhumanismo suscitan no pocas preguntas, no solo al credo cristiano, sino también a la antropología, al mismo pensamiento secular. ¿Será posible conseguir y garantizar una inmortalidad terrena y no solo un alargamiento de la vida? La victoria sobre el envejecimiento o la eterna juventud, ¿sería garantía de inmortalidad? En caso de que todo eso fuera posible, ¿significaría al mismo tiempo una mejora sustancial de la calidad de vida? ¿O conduciría más bien a una especie de “eternidad temporal”

monótona, aburrida, carente de sentido, vaciada de motivaciones y de esperanza?

La preocupación por la salvación no ha desaparecido. Quizá no puede desaparecer, porque está inserta en las aspiraciones más hondas del ser humano. Pero, ciertamente, ha cambiado de dirección. Mira más hacia el más acá que hacia el más allá. El mismo Ortega y Gasset proclamaba con frecuencia que, “siendo la vida humana naufragio, es menester estar salvándose constantemente. Por eso, este autor prefería hablar de “salvaciones” (seculares) en vez de hablar de “salvación” (religiosa). En esta perspectiva la salvación es más una conquista histórica que un don recibido gratuitamente. Se prefiere hablar, sencillamente, de mejorar y garantizar la “calidad de vida”.

El problema de la salvación también tiene que ver con el lenguaje. Lo debería tener muy claro la Iglesia, que encuentra difícil interesar a los oyentes por el mensaje cristiano de la salvación. ¿Por qué resulta tan difícil transmitir el mensaje cristiano sobre la salvación al hombre y la mujer contemporáneos? ¿Por qué en general los oyentes no relacionan el anuncio de la salvación cristiana con las experiencias más hondas de la vida humana?

Así sucede también en el ámbito de la teología. ¿Por qué el lenguaje de los teólogos profesionales sobre la

salvación resulta enigmático e incomprendible para la mayoría de las personas? ¿Por qué incluso el lenguaje de la catequesis- y de muchas predicaciones- están tan alejados de la experiencia de las personas? Estos interrogantes están en el origen de este libro.

Es necesario por eso que la teología extienda la salvación cristiana a todos los aspectos de nuestra vida corporal y mortal, incluido el cuidado de la salud física, psíquica y espiritual. Solo recuperando este sentido integral de la salvación cristiana, el mensaje cristiano sobre la salvación podrá resultar de algún interés para los hombres y mujeres de nuestro tiempo, incluso para los no creyentes (estas cuestiones son tratadas en los tres primeros capítulos del libro).

Basta leer los evangelios con ojos limpios y desprejuiciados para darse cuenta inmediatamente de que a Jesús de Nazaret le preocupaban las condiciones de la vida corporal de las personas. Consideraba que la total calidad de vida, la salvación integral, no es compatible con la parálisis, la ceguera, la sordera, la madurez, la hemorragia...

También los milagros de curación que realizaba Jesús son signos de la preocupación integral de vida. Los evangelios hablan de una salvación integral.

Otro fenómeno que se vive hoy es que ha desaparecido el vocabulario y la experiencia de salvación en personas que siguen profesando la fe cristiana. Se trata de creyentes que no pueden comulgar con aquella concepción de la salvación asociada solo al alma y a la vida de ultratumba. Se preguntan esos creyentes cuál es el sentido de una salvación que no contribuye, para nada, a resolver los asuntos materiales y los problemas de esta vida terrenal. Pensar en una salvación meramente espiritual o en una salvación eterna, ¿no será pura ilusión, pura alienación, eludir las responsabilidades temporales que competen también y especialmente a quienes se confiesan cristianos? Estos interrogantes que se hacen algunos creyentes son los mismos que han venido formulando desde hace mucho tiempo los críticos de la religión y, en concreto, los críticos del cristianismo. Estos críticos no han sido solo ateos confesos o agnósticos declarados; con frecuencia se trata de cristianos convencidos.

Cada pueblo y cada generación ha concebido y expresado el concepto de salvación de acuerdo con su sensibilidad y sus esquemas culturales. Pretender vivir la experiencia religiosa con categorías ajenas a la propia cultura da lugar a un estado violento. Quizá este es el drama que padecen muchos cristianos. Se ven obligados a vivir su experiencia religiosa en unos esquemas

culturales muy alejados de la cultura moderna. Este es el problema que denunciaba el papa san Pablo VI cuando hablaba del drama de la ruptura entre Evangelio y la cultura actual. En este sentido advertía el teólogo Edward Schillebeeckx a teólogos, predicadores y catequistas cristianos: “Podemos vivir la fe en modelos culturales antiguos, pero eso cerrará el futuro a la fe y hará difícil a las generaciones actuales aceptar el mensaje cristiano” (p. 43).

La historia de los pueblos, la historia de la filosofía y, sobre todo, la historia de las religiones, ha sido una búsqueda constante de salvación. Los seres humanos nos sentimos necesitados de salvación porque nos sentimos inacabados, infelices, limitados, acosados por el mal, mortales. La experiencia de alienación es experiencia muy común, al igual que la experiencia de una cierta contradicción padecida al interior de la persona humana. Hay un contraste entre el deseo de felicidad y la situación de infelicidad. Algunas personas, instaladas de forma indolora en la finitud, quizá son capaces de reprimir estas experiencias y de rehuir las preguntas sobre “las cuestiones últimas”. Pero nadie renuncia al deseo de felicidad. Ninguna de las grandes tradiciones religiosas eluden el problema de la salvación. Tampoco los grandes sistemas filosóficos ignoran el problema de la salvación. Unos los plantean contando con la experien-

cia religiosa; otros, prescindiendo de ella. Los humanismos surgidos a partir de la Ilustración tienen una concepción secular de la salvación. Buscan la liberación del sufrimiento y la conquista de la felicidad prescindiendo de la experiencia religiosa. El ser humano tiene que conquistarlo por sí mismo y en esta tierra. El nombre nuevo de la Salvación es “autorrealización”. La fe religiosa es una evasión, una alienación (K. Marx).

Sin embargo, a todos estos humanismos se les presenta siempre el gran desafío de la muerte, que supone un muro infranqueable para el deseo de felicidad y plenitud. El humanismo concede al hombre el honor de ser hombre, pero lo encierra también en la fatalidad de ser hombre.

El cristianismo parte del siguiente supuesto: el hombre no puede salvarse a sí mismo. Esa imposibilidad se debe al pecado. El credo cristiano propone como respuesta a esta situación la salvación que ha tenido lugar en Jesucristo. Jesús nos libera de esa impotencia y nos garantiza la liberación. La salvación cristiana es victoria sobre el pecado y sobre la muerte. Entender así la salvación no es caer en el fatalismo ni renunciar a la propia realización personal. Si la historia de la humanidad no es historia de salvación, la fe en la resurrección carece de significado (W. Pannenberg). Sin las esperanzas

más hondas del corazón humano es difícil encontrar interés por la salvación y la resurrección. Pero, sobre todo, sin la preocupación por hacer justicia a las víctimas es difícil des-

cubrir qué pueden significar salvación cristiana y resurrección de los muertos (Jon Sobrino).

Juan Pablo García Maestro

Simon CHRITCHLEY, *La fe de los que no tienen fe. Experimentos de teología política*, Trotta, Madrid 2017, 253 pp.

Comienzo por el capítulo 2 dedicado a Rousseau, sobre todo en el *Catecismo del ciudadano*, que es la profesión de fe civil, relacionando los términos política, ley y religión. Por política se entiende la acción por la que un pueblo llega a ser un pueblo; se articula en torno a la paradoja de la soberanía que conduce a una solución de tipo religioso. La política como algo interno, inmanente pero que requiere una dimensión externa o trascendente para poder ser eficaz. Y esa es la paradoja: para dar por válida una concepción de política basada en la primacía absoluta de la autonomía, parece necesaria la consideración de un elemento heterónomo.

Rousseau tiene una concepción interna de la ley y de la soberanía en la que el pueblo se compromete ante sí mismo en el acto de asociación o en la asamblea. Y aquí aparece la “media ficción” de lo que llama el “legislador”: un hombre extraordinario, un genio, es el ingeniero de la maquinaria del Estado; legisla para la sociedad, pero debe mantenerse apartado de la misma. La autoridad de la ley es la voluntad

general que necesita la ficción de un legislador que dirija la voluntad del pueblo, quien no puede darse una ley a sí mismo sin intervención de un agente exterior. El legislador vive en la autoridad que le concede el pueblo para autorizarse a sí mismo a través de la voluntad general. La pregunta: ¿Podemos contar con dicha autoridad sin la religión? ¿Podemos tener leyes sin tener religión? “Necesitamos que exista una inteligencia superior que vea las pasiones de los hombres y no sienta ninguna, que no tenga relación con nuestra naturaleza y que la conozca a fondo”. O sea, “harían falta dioses para dar leyes a los hombres”; “Todo legislador tiene que utilizar la ley haciendo referencia a la bella ficción de una divinidad”.

En el concepto de religión civil, la profesión de fe paradójicamente es trascendente e inmanente a la vez a la soberanía popular. Es la dimensión religiosa que se encuentra en la vida de los pueblos y a través de la cual interpretan su experiencia interna, histórica y social, a la luz de alguna realidad trascendente, normalmente Dios (Bellah). Para

Rousseau, el cristianismo es una religión verdadera, hace posible una fraternidad universal donde “todos se reconocen mutuamente como hermanos”; su defecto es que no tiene una relación exigente con el cuerpo político; por eso, en *El contrato social* se hará esta pregunta: ¿Cómo combinar las virtudes de los cultos interiores y exteriores y al mismo tiempo evitar sus vicios?; o sea, ¿es compatible al amor al Dios universal del cristianismo con el amor a las leyes y a los ritos externos necesarios para conducir a los ciudadanos hacia dicho amor? Y afirma que hay una profesión de fe puramente civil fijada por la soberanía, o sea por el pueblo. Los enunciados del catecismo no son dogmas de religión, sino sentimientos de sociabilidad sin los cuales es imposible ser un buen ciudadano o un sujeto leal. El dogma negativo es la intolerancia.

Hoy, los actores políticos son creyentes o “guerreros cósmicos” que oponen maniqueamente el bien y el mal; de ahí que aparezcan sombríos paralelismos: 1. El sionismo: identifica política y religión. 2. El islamismo o la yihad: la acción política se legitima en términos religiosos. 3. El ejército neoliberal, donde la teología del libre mercado se combina con una comprensión providencial de la libertad, la democracia y los derechos humanos. 4. El conservadurismo socialdemócrata, que defiende su tradición de tolerancia

e integración y los beneficios del estado de bienestar, a la vez que practica un racismo poco disimulado hacia los inmigrantes (El caso de Europa) Frente al estado de guerra, el sueño del filósofo sobre “otra ciudad”, siempre parecerá poco realista y desesperadamente utópico.

El autor nos da una nota importante sobre Oscar Wilde para introducir la obra *La fe de los que no tienen fe*. Se afirma que “ya sea fe o agnosticismo, no ha de ser nada externo a la persona; sus símbolos deben ser de su propia creación, un acto colectivo de autocreación, donde se puede decir: yo soy el forjador de mi propia alma y donde todos juntos nos convertimos en forjadores de almas”. Para Wilde, Cristo es un “ladrón con un alma maravillosa”, o un “leproso de alma divina”, un Dios que realiza su perfección a través del dolor, transformado por un proceso de trasfiguración estética o de sublimación. En *De profundis*, Wilde habla de “dividualismo”: el yo se forma a sí mismo en relación con la experiencia de una demanda incontenible e infinita que lo divide en dos; es la demanda que Cristo anunció en la montaña: “Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen...” (Mt 5, 44) El tema del regreso de la religión, parece haber pasado de una edad secular a otra postmetafísica, donde la acción política parece emanar directamente de un conflicto metafísico: política, religión y violencia

parecen definir un presente alrededor del cual todos nos movemos precipitadamente y donde la violencia religiosa es un instrumento de finalidad política. Aquí, el autor encuentra una serie de “décálogos”, desajustes, ambigüedades y contradicciones en Rousseau, concentrados en: la política, la ley y la religión. Es posible concebir la política sin la religión, pero la cuestión es si es posible practicar la política sin tener que remitirnos a algún tipo de dimensión religiosa. Más que entender la modernidad como un proceso de secularización, el autor defiende la idea de que la historia de las formas políticas puede entenderse como una serie de metamorfosis de la sacralización. Se acerca a Bonhoeffer cuando habla de cristiandad sin religión: “Nos encaminamos hacia una época totalmente arreligiosa”. “Incluso aquellos que se califican como religiosos ya no practican en modo alguno su religión”. ¿Cómo hablamos de Dios sin religión, o sea sin los condicionamientos temporales de los supuestos metafísicos, sin la interioridad...?” La pregunta podría ser: ¿Cómo hablamos de religión como esa fuerza que puede unir asociativamente a los seres humanos sin Dios?

Nos encontramos con un capítulo dedicado al anarquismo místico, destacando la figura de Carl Schmitt con su *Teología política*, cuando dice: “Todos los conceptos centrales de la moderna teoría del Esta-

do son conceptos teológicos secularizados”. En el Contrato social la voluntad general se transforma en voluntad popular y la cuestión de la soberanía pasa del ámbito de lo divino al de lo cívico. Las democracias liberales son una forma política, libre, de teología. Es una visión teológica que unifica razón y naturaleza, esta última identificada con la divinidad. El núcleo de la teoría política de Schmitt consiste en demostrar que el verdadero sujeto de la política es el Estado y que éste debe mantenerse siempre por encima de la ley; el estado de excepción sería la analogía jurídica del concepto de milagro en el campo de la teología. Obama, en *La audacia de la esperanza*: “La democracia no es una casa que hay que construir, es una conversación que hay que mantener”. Es el liberalismo, la gloriosa conversación de la humanidad. Obama quiere un Dios que no actúe sobre el mundo, que no haga milagros ni intervenga; por el contrario, Schmitt quiere un Dios que haga milagros.

Los anarquistas creen en la bondad esencial del ser humano; los autoritarios creen que la naturaleza humana es mala y se basan en el concepto de pecado original. Otro movimiento es el milenarismo con las posibilidades políticas de: el autoritarismo de Schmitt, el realismo político de Gray o el liberalismo de siempre. Creer en los Últimos Días derivó en una escatología re-

volucionaria con mesías, profetas, incluso cristos (Tanchelmo, Emperador Federico, Jhon Ball, o el sanguinario Jan Bockelsen). Son movimientos que rechazan la Utopía y el impulso utópico al pensar y actuar, lo que significa encarcelarnos a nosotros mismos dentro del mundo tal y como es, sin otro mundo posible. Nos quedaríamos con la democracia liberal, que es la norma de la norma, el reinado de la ley; es un deísmo político gobernado por la mano oculta y divina del mercado.

La única prueba de inmortalidad es el acto de amor, el atrevimiento de intentar extenderse más allá de uno mismo, de proyectarse hacia algo que excede la propia capacidad de proyección. Amar es dar lo que uno no tiene y recibir aquello sobre lo que uno no tiene poder. Es importante el capítulo 4 sobre la naturaleza de la fe, con su personaje central Pablo, su espíritu es el movimiento de la reforma, el intento de abandonar la corrupción, el secularismo y la sofistería intelectual de la iglesia oficial para regresar al núcleo de la cristiandad.

La motivación paulina se encuentra en Kierkegaard, en Barth y en Bultmann. Pablo es al mismo tiempo el “apóstol santísimo” y el “apóstol de los herejes”; enemigo de la autoridad tradicional y contrincante de las formas de autoritarismo. Vivió y murió convencido de que era un judío que vivía como judío (Boya-

rin), y Taubes lo califica de “fanático, un zelota judío”, más judío que cualquier rabino reformista. Se destaca a Pablo como figura del activismo o de la nueva militancia para lo universal, en una época definida por el relativismo moral, las políticas comunitarias de la identidad y el capitalismo global. Pablo hablaba de “ser en Cristo”, que se puede entender en sentido místico como inmanencia de Cristo en el alma “Ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí...” (Gal 2, 20) Y en sentido político como pertenencia a la comunidad de los que esperan, con su fe en la resurrección, formando comunidades con el “resto escogido por gracia” (Rom 11, 5), comunidades formadas por judíos y paganos, los rechazados, la escoria del mundo (1Cor, 4, 13) Está en juego una política en la que los desechos de la humanidad son la base de una articulación política nueva. Es fascinante constatar que Pablo escribe porque le interpelan, le llaman. Si al ser llamado fueses un esclavo, serás libre en Cristo y el que es libre se hará esclavo de Cristo.

La preocupación del autor de este libro es la naturaleza de la fe. Toma como guía a Pablo y algunos interlocutores filosóficos. Se pregunta: ¿Qué es la fe? Y quien no la tiene ¿puede seguir viviendo la experiencia de fe? ¿Se puede hablar de una fe de los que no tienen fe? Da mucha importancia al sentido del evangelio como “proclamar, anunciar,

evangelizar”. La fe es una anunciación, una proclamación que la trae a la existencia; o sea, una proclamación de la llamada o demanda infinita hecha a Pablo y que excede su poder; el “faktum” del Jesús Mesías. La demanda se dirige a un sujeto débil, en estado de carencia, “Dios ha escogido a los débiles del mundo para confundir a los fuertes” (1 Cor 1, 27)

Para el autor, la fe no es algo ontológico. Decir “Jesús es el Mesías”, no es acto de fe; más bien la fe se expresa en la promesa más reducida que encierra el *faktum* “Jesús Mesías”. Es algo distinto del ser o está más allá de la esencia; entre Jesús y Mesías no hay espacio para un verbo; la fe es la fuerza performativa de las palabras “Jesús Mesías”: nada más, pero nada menos. Agamben quiere ver a Pablo como el ejemplo del “misticismo revolucionario judío”. Heidegger, en la *Fenomenología de la vida religiosa*, dice que el énfasis debería situarse en la íntima conexión que existe entre los términos religión y vida. El cristianismo primordial expresa la experiencia original de la vida; la vida no tanto como algo biológico, con una condición constante, sino como la consecuencia de una versión que se hace a través de una proclamación que significa anunciación (*euangelion*) o palabra de Dios. En Pablo hay una actitud de espera angustiada con una amplia gama de sentidos: angustia por la llamada, la fe como

espera angustiada, o la angustia que le lleva a la acción. La fe en el Mesías (Pablo) sólo puede experimentarse en la debilidad; es la sabiduría de Dios, misteriosa, que hace posible la glorificación del alma y la identificación con lo divino. Su piedad es más profética que mística, o más apostólica, ya que busca señales de la futura venida del Mesías que, para Pablo, ya llegó. La historia salvífica está arraigada en lo real, el acontecimiento histórico de la resurrección de Cristo.

Para el autor, Pablo y su misticismo resulta fascinante. ¿Por qué la debilidad que siente Pablo, ese agujón...? “Te basta mi gracia...”. Su proclamación de la fe no es un conocimiento sino una orientación del sujeto hacia el acontecimiento de la gracia.

Como conclusión, el autor se une a Kierkegaard para reflexionar sobre la importancia del amor: “Amarás a tu prójimo”. Recuerda el episodio del centurión, la fe de un no cristiano, sin apoyo en la garantía del bautismo, del dogma del credo, la asistencia regular a la iglesia... ni en la recompensa de la felicidad. Paradójicamente, muestra la verdadera naturaleza de la fe que Cristo deseaba proclamar. La fe y el mandamiento del amor no son un a ley, no tiene fuerza coercitiva o externa, el amor sólo puede venir de la boca de quien ama; ese mandamiento sólo sabe del instante, es suave y com-

pasivo y en él hay severidad. Como señala Kierkegaard en *Las obras del amor*, citando a Pablo, “con nadie tengáis otra deuda que la del mutuo amor”. Necesitamos cultivar el oído interno y el externo que hace infinitas las palabras y acciones del yo. Se quiere una fe que se llame a sí misma a la existencia en cada instante, sin garantía o seguridad y que permanece con la demanda infinita de amor. El autor ha intentado afirmar que la fe no es una relación igual-por-igual entre iguales,

sino la asimetría de igual a desigual, y que sólo halla su fuerza en la admisión de su propia debilidad, en el poder impotente de la conciencia. Como el centurión romano, puede que los que carecen de fe sean quienes mejor puedan soportar el rigor de la fe sin necesidad de seguridad, garantía o recompensa. Termina con las palabras del Maestro: “Que te suceda como has creído”.

José M^a Martínez

BIBLIA

Xabier PIKAZA, *Los caminos adversos de Dios: Lectura de Job*, San Pablo, Madrid 2020, 343 pp.

En esta extensa y cuidada obra se ofrece un detenido comentario sobre el libro de Job, al cual Xabier Pikaza reconoce haber dedicado mucho tiempo y esfuerzo. Se inspira en trabajos anteriores de autores a los que manifiesta su deuda, entre los que destacan especialistas como Delitzsch, Schökel, Dahood, Dhome y Lévêque. La casualidad de que este libro, cuyo personaje principal sufre la peste, haya sido finalizado durante la pandemia del coronavirus es una curiosa coincidencia, de la que el autor deja constancia en la introducción.

A lo largo de todo el libro de Job se observa una pregunta latente: si el amor de gratuidad que pode-

mos observar en la humanidad es imposible, si es un espejismo, con lo cual todo es un comercio de intereses, tal y como le dice Satán a Dios, al comienzo del libro; o bien el amor gratuito es posible, con lo cual Job es realmente bueno, con independencia de que Dios le haya bendecido. Y a la vez, otra pregunta, que quizá se va haciendo más importante a medida que el libro avanza, acerca de si Dios es un Dios justo, que ama al hombre siempre, incluso aunque este le plantee sus dudas y hasta le cuestione aquello que no entiende, o se queje porque realmente no comprende la causa del mal y del sufrimiento que le sobreviene cuando no hay causa moral para que esto le ocurra.

Este libro es considerado por Pikaza como “el libro literariamente más perfecto” de la Biblia y en esta obra se van haciendo constantes alusiones a planteamientos de otros libros de la Biblia, donde aparecen las mismas cuestiones e incluso a libros de otras religiones, como el Bagavad Gita. Y es llamativo, sobre todo en la primera parte, la relación que establece entre el planteamiento de este libro y la filosofía de vida de Buda, marcando las similitudes y sobre todo las diferencias de las respuestas.

Pikaza subraya especialmente el paso del “Dios del sistema”, al que los tres amigos que visitan a Job intentan defender de las preguntas y cuestionamientos de Job, al Dios verdadero, que garantiza la vida de los perdedores. Los tres amigos justifican al Dios del sistema, el que premia a los buenos y castiga a los malos. Desde sus planteamientos, necesariamente quien sufre ha tenido que hacer algo malo que ocasiona su sufrimiento. Pero en este libro las preguntas surgen con libertad, sin que sean acalladas por preconceptos, ideologías, justificaciones, teodiceas de corte racional o pietista... Por el contrario, las preguntas en él adquieren una profundidad creciente, se acercan al misterio sin acallarlo en falso, buscan una nueva sabiduría que no coincida con la sabiduría de las respuestas aseguradoras de ningún “statu quo”... Para un lector no iniciado, el

libro resulta repetitivo, encerrado en un bucle constante de preguntas y respuestas que no avanzan, tanto por parte de Job como por parte de sus supuestos amigos... Sin embargo, Pikaza ayuda a descubrir que la tensión del diálogo y de los cuestionamientos es constantemente creciente y que sí existe un avance, en el que brilla especialmente el enjuiciamiento a Dios mismo, enjuiciamiento en el que se deja sentir el lamento de todos los perdedores de la historia.

La metodología se mantiene a lo largo de todo el libro: Pikaza introduce las distintas partes con resúmenes muy claros, a los que añade el texto del libro de Job que va a analizar. Y posteriormente analiza con amplitud ese texto, centrándose fundamentalmente en algunos de sus versículos. En ocasiones se hace muy repetitivo, como lo es la propia lectura del libro de Job; pero sus comentarios son esclarecedores y realmente iluminan el sentido del texto. Reconoce al hacerlo que sigue habiendo muchas lagunas en la interpretación de algunos pasajes, que no hay acuerdo por parte de distintos autores en el significado de algunos versículos, que hay partes de las que se duda de que realmente aparecieran en el texto original... En fin, Pikaza ofrece una gran ayuda, pero en absoluto da falsas respuestas que pudieran parecer atajos artificiosos a las grandes preguntas que seguramente el

lector tenga en torno a este libro. Admite que el final de la obra puede resultar sorprendente para algunos, pero que, para otros, puede resultar decepcionante. Y reconoce que el misterio sigue en pie; incluso afirma que Dios no responde realmente a las preguntas fundamentales que Job le plantea. Pero al menos deja una cosa muy clara: la famosa expresión de Job, “Te conocía de oídas... pero ahora mis ojos te han visto...”, revela que Dios ya no es visto como un Dios adverso, sino como un Dios cercano a quien sufre. Y afirma, en uno de los párrafos más esclarecedores del libro: “Dios no ha respondido a la pregunta más hiriente y teórica de Job (¿qué ra-

zón tiene el sufrimiento?), pero le ha ofrecido su palabra, con gran respeto, sin acusarle de nada, como amigo y terapeuta. Por eso, finalmente, Job ha aceptado a Dios como “razón” (supra-razón) de su vida, sin sentirse sometido, dominado o expulsado” (p. 297).

El libro de Job, a pesar de todas las lamentaciones, quejas, cuestionamientos, discursos ambivalentes... es un libro de esperanza que puede sostener a quienes, en medio de la prueba, el dolor y la injusticia, siguen clamando a Dios y hasta luchando con él.

Esteban de Vega

José Luis SICRE, *El evangelio de Mateo. Un drama con final feliz, Verbo Divino, Estella 2019, 489 pp.*

Aunque el primer evangelio sea anónimo, la tradición sigue llamándolo evangelio según san Mateo. Utiliza algunas fuentes importantes, los dichos de Jesús, la fuente Q (*Quelle*), pero la fuente principal es el evangelio de Marcos, que Mateo a veces cita de memoria por haberlo usado en la catequesis y al que añade algunas narraciones, la infancia de Jesús, Pedro caminando sobre el mar, el primado de Pedro, el sermón del monte y el ataque a los escribas y fariseos. A veces omite unos pasajes y detalles que considera anecdóticos y trata con amplitud las tentaciones de Jesús.

El evangelio de Mateo es todo un drama con final feliz; se desarrolla básicamente en Galilea, a donde vienen multitudes desde Siria, Judea, Decápolis, Jerusalén y Tráspojordania. El drama tiene un protagonista, Jesús, de quien se dice desde el principio que es el Mesías. El espectador está sobre aviso para no sorprenderse, por ejemplo, con la selección del personal: unos pescadores jóvenes, ignorantes; una selección poco exigente. Ese protagonista es un luchador, no se da por vencido, refuta argumentos, interpreta la voluntad de Dios, ataca a quienes se aferran a las tradiciones y provoca la apa-

rición de grupos: los partidarios (celestes y terrestres), como José y María, Juan Bautista, los discípulos, las mujeres; y los adversarios: el diablo y los demonios, reyes y tetrarcas, escribas y fariseos, saduceos, sacerdotes y ancianos. Los espectadores: la multitud, la comunidad de Mateo y nosotros, que somos espectadores de este drama. Y aunque conocemos el final, hay dificultad para hacer el seguimiento lineal del proceso.

El autor trata el texto: cursiva y negrita lo exclusivo de Mateo; cursiva, el texto copiado de Marcos; frases y palabras en cursiva negrita, añadidos de Mateo.

Mateo nota algunas lagunas en Marcos, ej. el mismo nacimiento; y escribe un Midrás sobre la infancia de Jesús: historia y ficción juntas. Importante el paralelo entre Jesús y Moisés, ya que costaba entender que Jesús era tan importante como Moisés. El Mesías tiene que nacer de una virgen, cumplir las profecías sobre Belén, el viaje a Egipto, la muerte de los inocentes. Jesús es el nuevo Moisés y José el nuevo patriarca.

Las diferencias entre los evangelistas hacen pensar que no priman los hechos históricos, sino las ideas más profundas; no basta la anécdota, tenemos que buscar su sentido.

La genealogía de Jesús es como su historia fotográfica en tres álbumes: de Abraham a David, de David al destierro y del destierro hasta Jesús. Los personajes son a veces embusteros (Jacob), Judá tiene hijos de Tamar que era su nuera, Rajab era prostituta de Jericó. David, gran rey, cruel con sus enemigos, adúltero, asesino... y así el autor los va recorriendo en los dos siguientes álbumes de la genealogía. Pero la enseñanza: Jesús es de ascendencia israelita, descendiente de David, acoge todo lo humano y Dios no tiene prisa en las soluciones y en su plan de salvación para el que se sirve del ser humano.

En el nacimiento surgen numerosas cuestiones: las apariciones a José, el nacimiento virginal según Isaías, quien probablemente pensaba en el hijo del rey Acab y la muchacha era la reina. El relato de Mateo es un recurso para decir que Jesús está en relación estrecha con Dios, que es Hijo de Dios, el Mesías esperado por los judíos. Sigue con el Midrás, mezcla de historia y de ficción.

Lo mismo ocurre con la narración de los Magos: Belén, la estrella, Herodes, los sumos sacerdotes; la matanza de los inocentes no aparece en Flavio Josefo, pero se ve el paralelismo Moisés-Jesús. En resumen, la genealogía nos dice que Jesús es el Mesías, descendiente de

David, los episodios posteriores dicen que Jesús es rey de los judíos, que recibe el homenaje de los paganos, que es el nuevo Moisés que se salva de la persecución y que viene a conseguir un mundo distinto de relaciones fraternas, sin odios, sin explotación de los pobres. Y ante él, la gente se divide, unos lo aceptan, otros lo rechazan. Seguir a Jesús no es fácil ni agradable, aunque tenga enorme recompensa.

Mateo visita las comunidades, anota todo lo que le dicen, pero sobre la juventud de Jesús nadie sabía nada. Ante esta dificultad, Mateo hace como Marcos: la predicación del Bautista, pero quita y pone numerosas frases y pasajes referidos 1) al motivo de la conversión, que el Reino de Dios está cerca, 2) dirige el discurso amenazador de Q a escribas y saduceos. En el AT Dios habla mucho a profetas, patriarcas; en Mateo solo habla dos veces para repetir: “este es mi Hijo amado”.

Jesús es un Hijo ideal; en las tentaciones se comportará como tal, pues vive de toda palabra que sale de la boca de Dios Padre.

Jesús comienza su actividad en Galilea, región conocida y fácil de escapar en caso de persecución, con riesgo de comenzar su mensaje de forma politizada que se presta a graves conflictos. Así inicia el mensaje: “convertíos que el Reino de Dios está cerca”, y junto a lago

de Galilea elige a Pedro, Andrés, Santiago y Juan: pocos títulos, poca sabiduría, basta que quieran seguirlo renunciando a todo. Los hará pescadores de hombres. En Galilea enseña, hace curaciones. En el s. I el milagro se admite con naturalidad como algo normal en los grandes personajes religiosos; había reyes que tenían poderes curativos y para Mateo no cabía que fueran más que Jesús.

Mateo da importancia al sermón del Monte, la idea inicial le viene del documento Q que comienza: “Levantando sus ojos hacia sus discípulos dijo: dichosos los pobres porque vuestro es el reino de Dios”. Mateo reúne frases de Jesús dichas en distintos momentos y recogidas de distintas fuentes. El discurso se compone: Ambientación, introducción, el cuerpo central y el epílogo. Son los requisitos para mantenerse en el Reino. Los que le siguen en ese momento no buscan milagros, se acercan para escucharle. “Tomando la palabra se puso a enseñarles así”: Dichosos los pobres de espíritu... palabras que han vuelto locos a muchos traductores y exegetas. Se refiere a la pobreza en espíritu, al desprendimiento interior y a la humildad. No forman un código de conducta moral sino una puerta para entender el evangelio y entusiasmarse con las palabras de Jesús. Jesús ha venido a dar sentido a la ley, así tranquiliza a la comunidad: Jesús no es hereje ni traidor. Mateo

amplía significados a la ley: no matarás, sino ama a tu prójimo; y así en el adulterio, el divorcio, los juramentos...

Al oyente le entran dudas: ¿Podré vivir todo esto? Y Jesús responde: Pedid y se os dará, buscad... La respuesta es clara: puedes vivir esto si lo pides con insistencia; pedimos fuerza para resolver los problemas; así lo hace en el Huerto. Mateo se limita a copiar lo que dice Marcos para terminar el sermón.

Los capítulos 8 y 9 muestran el poder de Jesús en obras, lo que lleva a preguntar: ¿Quién es este? Mateo presenta tres series cada una con tres milagros; al bajar del monte, un leproso, un paralítico y una persona con fiebre. En el leproso destaca el ejemplo del mismo, su fe en Jesús, su respeto y humildad. Mateo da importancia a decir que se está cumpliendo lo dicho por Isaías: “Tomó nuestras dolencias y cargó con nuestras enfermedades” (Is 53, 4) Dos capítulos que dan una imagen rica y misteriosa de Jesús; su poder es superior a Moisés y a Eliseo; suscita una fe profunda, su pobreza, soledad, la soberanía absoluta son importantes en la imagen de Jesús.

En el tema de la expansión de la Iglesia, Mateo utiliza elementos de Marcos, unos dichos de Q, una lista de los 12, instrucciones a los Apóstoles, tradiciones propias y con-

tiene el segundo discurso de Jesús. Lo primero que aprende Mateo de Marcos es el tema de la compasión, usa los adjetivos de “maltrechos y postrados” para la multitud que le seguía; pueblo sin pastor, mies sin segadores y la petición “envía obreros a su mies”.

En 10, 1-4, nombra los 12 apóstoles; hasta ahora solo conocíamos a cinco; recuerda las 12 tribus, los 12 hijos de Jacob, para indicar que ahora comienza un nuevo pueblo de Dios. 10, 5 a 42 es el discurso de la misión centrado en Jesús y en los graves peligros que acechan a los apóstoles; da impresión de encontrarnos en época posterior a la de Jesús. Deben portarse como él; compartir su destino, no asustarse de nada. La tarea es la misma de Jesús y el mensaje el mismo del Bautista: el reinado de Dios está cerca. Generosidad, dar gratis lo que recibisteis gratis, el llegar a una aldea buscad a quien sea digno. Para quien no lo sea, “el día del juicio la suerte de Sodoma y Gomorra será más llevadera que la de aquella ciudad”.

La figura de Jesús despierta distintas actitudes motivadas por el tema del sábado, las curaciones, hasta le piden un signo que Jesús no les da, pero los remite a Jonás. Al escribir el evangelio (hacia los 80) la familia de Jesús vive en un ambiente hostil, parece que no hay futuro. Comienza una serie de parábolas: el sembrador, el trigo y la cizaña, el grano

de mostaza. Pero muchos judíos tampoco las aceptan; su pregunta: ¿Cómo es posible si el profeta debe endurecer al pueblo? Jesús habló en parábolas para que viendo no vean y oyendo no oigan ni entiendan. En las parábolas hay un optimismo, pues se supone que gran parte de las semillas caen en tierra fértil. A solas con los discípulos se las explica. El sembrador, la tierra, la semilla, etc.

La segunda parte de la obra le sirve al autor para hacer una división sugerente, ya que encuentra dificultad para dar con el orden en que Mateo dispone la segunda parte del evangelio. Se hace presente la vida de la comunidad cristiana: no basta con el llamamiento de Jesús, hay que creer en su muerte y resurrección. De ahí el despliegue del primer anuncio de la pasión; del segundo con los peligros del discípulo y el desconcierto general; el tercer anuncio de la pasión es un deseo de que se abran los ojos de la fe. El primer anuncio supone para los discípulos un jarro de agua fría, no son las alegrías que esperan sino el anuncio del sufrimiento tal como se había dicho en c. 53 de Isaías: “El siervo cargó con los crímenes de todos...” Jesús acepta el destino de este personaje de Isaías y se identifica con él; los discípulos se resisten a la palabra “padecer mucho”; y a Pedro, a quien no hace mucho ha llamado bienaventurado, ahora le llama Satanás, pues no está dis-

puesto a que el Mesías sufra. En las instrucciones a los discípulos, les propone una dura elección, aunque suavizada con el episodio de la transfiguración: Dios se manifiesta en la montaña como otros grandes personajes; ahí se da la visión, la trasfiguración de su rostro, la aparición de Moisés y Elías, y la nube luminosa; una voz se escucha desde el cielo. La alusión a Elías tiene su importancia ya que estaba anunciado en Malaquías que antes de llegar el Mesías debería aparecer él.

Se presenta a Jesús un niño lunático, epiléptico, al que no pudieron curar los discípulos; lo cual crea en ellos el problema de la fe, “si tuvierais tanta fe...”, y la pregunta: ¿Se puede llegar a esa fe tan fuerte? Cobra especial relieve el c. 18 con la serie de instrucciones que Jesús da a sus discípulos; unas proceden de Marcos, otras de Q (la oveja perdida, el hermano pecador) de Mateo la corrección fraterna (el criado que no perdona) y su gran preocupación por las relaciones comunitarias: corrección y perdón. El tema de la ambición queda claro, y el autor subraya su permanencia a lo largo de la historia; ambición de poder. Jesús desearía con el Sal 131: “Señor, mi corazón no es ambicioso ni mis ojos altaneros...”. Y aquí surge la figura importante del niño: “Quien a vosotros acoge, a mí me acoge”; “Ay de aquel que escandaliza...” a los pequeños, a los sin importancia dentro de la Iglesia. Jesús defiende los derechos de la mujer y

la seriedad de la unión en los planes de Dios. Admite el celibato como posibilidad real y frecuente dentro de sus servidores, pero deja claro que es difícil, un don de Dios.

Sale a luz el tema de la recompensa, así como el del seguimiento con el joven rico; ¿dar el mismo salario al que soporta todo el día y el calor como al que llega el último? Y sigue el tercer anuncio de la pasión: “Mirad, subimos a Jerusalén... el Hijo del hombre será entregado a los sumos sacerdotes y a los escribas...” Aprovecha la petición de la madre de los Zebedeos para decir cómo deben ser las relaciones dentro de la comunidad: él mismo ha venido a servir y a dar su vida en rescate por todos. “El que quiera subir que sea servidor vuestro y el que quiera ser primero sea esclavo vuestro” (Mt 20,27).

Mateo añade sus detalles a la entrada en Jerusalén; le falta precisión, como a Marcos, de tiempos y lugares. Para Mateo es importante el cumplimiento de la profecía: un rey humano, “justo, victorioso, humilde”. Y la pregunta que se hace la gente ante la comitiva de la entrada: “¿Quién es éste?” Y la respuesta: es Jesús, el profeta, el de Nazaret de Galilea. La gente lo veía como libertador político, pero esto contrasta con el título de Hijo de David.

La escena de la purificación del templo recuerda otras profanaciones: Antíoco IV, Pompeyo, por eso se esperaba que el Mesías purificara el templo. Para Jesús la profanación

viene de las autoridades religiosas y del pueblo, que lo convierten en cueva de bandidos. “Mi casa será casa de oración” (Is 56,7); “guarda de bandidos” (Jr 7,11)

El episodio de la higuera (irritante para el autor) quiere subrayar la fuerza de la fe y de la palabra de Jesús. El relato, literalmente no tiene sentido; cambia si se interpreta simbólicamente. La higuera es la ciudad y sus autoridades; Jesús se acerca a ellos con esperanza de hallar frutos y no encuentra nada. “Jamás vuelvas a dar fruto”. Es probable que la comunidad estuviera pasando por persecuciones de la institución judía. De ahí el pasaje de la discusión con las autoridades y el contraataque. Primero con los sacerdotes, los escribas y los ancianos, el Sanedrín. La pregunta: ¿Con qué autoridad haces esto? Si dice que de Dios le acusarán de blasfemo; si dice de mí mismo, lo tacharán de loco. El contraataque lo realiza por tres parábolas: Los dos hijos, uno dice que va a trabajar y no va; y el segundo que dice que no, pero va. Los viñadores homicidas, con alusiones directas, fruto de la comunidad; “Le quedaba su hijo querido y se lo envió el último pensando que lo respetarían”. Y la parábola de los invitados a la boda, que no reproduce la parábola primitiva; Mateo añade el apartado del invitado que se presenta sin vestido de boda y es echado fuera. Es una llamada a las comunidades: en el reino de Dios puede entrar

cualquiera, pero si acepta debe presentarse dignamente.

Mateo compone un discurso contra los escribas y fariseos, con una introducción y siete ayes: “Ay de vosotros escribas y fariseos”, “guías de ciegos”, “hipócritas”, para terminar con un ay o lamento sobre Jerusalén, que mata a los profetas y apedrea a quienes le son enviados. A partir de este momento, Jesús ya no enseña en público, pero sí con sus discípulos a quienes expondrá la crisis final de la historia. Todo ocurre en Jerusalén; para comenzar el fin del mundo, la venida del reino, acompañado de las numerosas calamidades del s. I: Hambruna, guerras civiles, caída de Jerusalén, erupción del Vesubio, tomados como signos para los partidarios de la mentalidad apocalíptica. La parábola del juicio final pudiera ser creación de Mateo: Veis todo esto, se derrumbará y no quedará piedra sobre piedra; ¿cuándo sucederá esto? Es el comienzo de los “dolores de parto”; y culmina: “entonces aparecerá en el cielo la señal de Hijo del hombre”. O sea que hay que estar vigilante –parábola de las diez muchachas. El juicio final es algo claro e impactante, recoge la imagen de Ez de las ovejas y cabras, de derecha e izquierda, venid benditos... ideas del *Libro de los muertos* de Egipto, “Yo di pan al hambriento y agua al que padecía sed...” Mateo alude también a los presos, ya que los cristianos del s. I y II visitaban a los prisioneros de la comunidad.

En el relato de la pasión aparecen unos preámbulos en los que Jesús anuncia su crucifixión, la celebración de la Pascua, el Monte de los Olivos, Pilatos, Calvario, Sepulcro. Todos leemos la pasión cada año y recordamos el grito de Jesús al morir, como punto final del gran fracaso. Nos desconciertan los prodigios, que entraban en la lógica judía: el velo del templo, los sepulcros se abrieron... La idea es que cuando muere un personaje siempre ocurre algún portentoso: se ven estrellas al mediodía, se doblan las estatuas, se arrancan los cedros de la tierra santa. Algunos matices acompañan a la actitud de las mujeres que en Marcos es de miedo, y en Mateo es la prisa por cumplir el encargo. Mateo cierra el evangelio con el episodio de los once que marchan a Galilea, probablemente a Cafarnaún, pero como Mateo hace Teología, necesita un lugar significativo, el monte y se dirigen al que Jesús les había indicado. En la comparación que Mateo ha hecho entre Moisés y Jesús, recordamos en Deuteronomio cómo cierra la vida de Moisés: los israelitas lloraron a Moisés; él murió a la edad de 120 años; no había perdido vista ni decaído en su vigor; pero no deja de ser un lenguaje fúnebre. Lo que cuenta de Jesús es totalmente distinto: ha muerto y resucitado; se le ha dado pleno poder en cielo y tierra; promete su presencia todos los días hasta el fin del mundo.

Uno queda sumido en la lectura de Mateo, de la mano de J. L. Sicre, y trata de entender muchas cosas desde el enfoque de la teología; ya que desde la historia nos quedaríamos confusos y a veces perplejos. Esta es una obra de gran calado y peso para entrar en el evangelio de

Mateo. Lo demás, el anonimato, las mezclas de historia y fantasía, las posibles incongruencias de espacio y tiempo, pasan a segundo plano mientras nos permite penetrar en la figura de Jesús.

José M^a Martínez

IGLESIA

Santiago MADRIGAL, *De pirámides y poliedros. Señas de identidad del pontificado de Francisco, Sal Terrae, Santander 2020, 311 pp.*

Santiago Madrigal, jesuita, es un eclesiólogo de primer orden en la teología española y yo creo que es una persona muy adecuada para trazar el perfil (“las señas de identidad”) del pontificado de Francisco, que al fin y al cabo ha sido otro miembro de la Compañía de Jesús. No es un pontificado terminado (por tanto, no es definitivo el trabajo, quizás en el futuro sufra algún retoque), pero en siete años ya se pueden ir viendo cuáles son los rasgos del modo peculiar que Francisco está imprimiendo al ministerio petrino.

Es un trabajo amplio, en el que Santiago Madrigal recoge algunos artículos suyos ya publicados, pero, ciertamente, la inmensa mayoría del libro es original y está pensada para esta publicación. Consta de una introducción larga, ocho capítulos, una magnífica “recopilación”, en la que a modo de síntesis se recoge lo más granado

del trabajo, y una extraordinaria bibliografía, que nos permite ponernos al día en la interpretación del papado de Francisco.

Las dos metáforas que dan título a la obra (pirámides y poliedros) forman parte del lenguaje del papa Francisco. Por un lado, “pirámides”: “Francisco propone concebir la Iglesia ‘como una pirámide invertida’, en el sentido de que ‘la cima se encuentra por debajo de la base. Por eso, quienes ejercen la autoridad se llaman ‘ministros’: porque, según el significado ordinario de la palabra, son los más pequeños de todos. De ahí han de tomar ejemplo todos los que están investidos de autoridad en la Iglesia” (pp. 15-16).

Por otro lado, “poliedros”. Esta metáfora sirve para explicar el sentido del programa ecuménico que el papa Francisco quiere llevar adelante. Su modelo no es la esfera, “donde cada punto es equidistan-

te del centro y no hay diferencias entre unos y otros. El modelo es el poliedro, ‘que refleja la confluencia de todas las parcialidades que en él conservan su originalidad’, y ‘recoge lo mejor de cada uno’ (EG 236)” (pp. 137-138).

En la “recapitulación”, Madrigal de una forma nítida encuadra el pensamiento y el ministerio del papa Francisco (su estilo teológico-pastoral), al que califica de lenguaje misionero y pensamiento abierto, con cuatro características que son sin duda un buen *identikit*, un buen “espejo de papa” (*Papstspiegel*), categoría que utiliza de un modo señalado Madrigal. Las cuatro características, que no desarrollamos por ceñirnos a la brevedad de estas crónicas-reseñas son las siguientes: primera, un pontificado que quiere invertir la pirámide, es decir, que quiere poner en evidencia la prevalencia del pueblo de Dios y superar el clericalismo; segundo, un magisterio eminentemente pastoral en el que se pretende una conexión perfecta entre fe y vida; tercera, un pensamiento abierto al *maius* de Dios y de la verdad, donde la tradición y el desarrollo doctrinal están abiertos a la fidelidad creativa; y, cuarta, un estilo pastoral que busca mirar la realidad desde la periferia para ver la totalidad, para ver el conjunto.

Me parece una extraordinaria síntesis que da cumplida cuenta de un magisterio en curso, que es sorpren-

dente y admirable al mismo tiempo, aún asumiendo las críticas que han llovido sobre el mismo.

Santiago Madrigal (1960) es jesuita y profesor de Eclesiología y Teología Ecuménica en la Facultad de teología de la Universidad Pontificia Comillas (Madrid) y miembro de la Real Academia de Doctores de España. Ha publicado numerosas obras, entre las que caben destacar: *Vaticano II: remembranza y actualización. Esquemas para una ecclesiología* (2002), *Karl Rahner y Joseph Ratzinger: Tras las huellas del Concilio* (2006), *Iglesia es caritas: La ecclesiología teológica de Joseph Ratzinger-Benedicto XVI* (2008), *Tiempo de Concilio: El Vaticano II en los Diarios de Yves Congar y Henri de Lubac* (2009), *Tríptico conciliar: Relato-misterio-espíritu del Vaticano II* (2012), *‘No apaguéis el Espíritu’: Dos evocaciones del Concilio* (2015); *El giro ecclesiológico en la recepción del Vaticano II* (2017); *Conferencias episcopales para una iglesia sinodal* (2020).

Creo que vale la pena leerlo, porque se trata de una magnífica síntesis de lo que se dice y se ha escrito sobre el ministerio petrino del papa Francisco, el papa que “vino del fin del mundo” y que está obrando una conversión pastoral del papado en una Iglesia sinodal con un programa reformista que el propio Francisco califica frecuentemente de una “Iglesia en salida”.

José Luis Guzón Nestar

Philip JENKINS, *La historia olvidada del cristianismo. El milenio dorado de la Iglesia en Oriente Medio, África, Asia... y su destrucción, Sígueme, Salamanca 2019, 317 pp.*

El cristianismo ha desaparecido en regiones donde antaño floreció. Lo que hoy denominamos mundo islámico fue antes cristiano. Todo se originó en Siria, Palestina y Egipto, lo cual nos hace cambiar el enfoque de la Historia y dejar de mirar tanto a Europa y mirar al Oriente con sus múltiples corrientes espirituales, expandidas hasta orillas del Caspio y China.

El floreciente cristianismo de África quedó arrasado. En el s. VI había unos 500 Obispos y en el VIII resulta difícil encontrar siquiera uno. Durante varios siglos Merv fue un gran núcleo cristiano, tuvo arzobispo antes del 420 y fue sede metropolitana de Oriente. Hay prácticas que suponíamos occidentales, pero son originarias de Siria y Mesopotamia; también en Oriente se fundaron los primeros reinos cristianos. Hacia el 550 unos monjes llegaron a China, introdujeron el cultivo de la seda, viajaron en plan de evangelización. Las tradiciones teológicas, ortodoxa, nestoriana, jacobita y copta, tenían una rica liturgia; el monacato se desarrolló. Los egipcios cultivaron la soledad, la contemplación, y la búsqueda de la divinización. Hubo grandes pensadores, Miguel el Sirio, Gregorio Bar Hebraeus (la enciclopedia del

s. XIII). Las iglesias veneraban la Biblia que se leía en idioma semítico relacionando textos de los dos Testamentos. Salomón de Basora destacó su complejidad, la metáfora: “puertas del infierno; fuego infernal; balanza” y afirma que solo un idiota se queda en la literalidad de esas imágenes en vez de pensar espiritualmente.

En los s. VI y VII los cristianos se encontraron con distintas tradiciones culturales como los misioneros y santones del budismo mahayana, con el Buda de Bamiyán, destruido por los talibanes en el 2001. Esa relación dio pie a textos como “los ángeles y arcángeles, y todos los coros celestiales”, que para los budistas fue “todos los budas y los kinnaras y los devas y arjanas superiores”.

Durante los s. XIII y XIV, Markos, patriarca llamado Yaballaha III, ejerció su soberanía eclesiástica con mayor extensión que el romano pontífice: 30 provincias, 250 obispados. Pero el s. XIV representó la caída del cristianismo de Oriente Medio, Asia y gran parte de África. Todo acompañado de persecuciones y masacres por parte de las autoridades musulmanas; se hace increíble la afirmación de la libertad religiosa de

la que gozaban los cristianos bajo el imperio musulmán. No fue la falta de celo o de coherencia teológica, fue el torbellino de guerras y persecución lo que aplastó al cristianismo de Asia y África.

Juan Damasceno escribió con libertad contra los Emperadores bizantinos, pero era porque estaba cómodamente instalado en la corte del Califa. Los bizantinos lo llamaban “Sarakenophron” “ideas de sarraceno”. En el s. VIII los musulmanes impusieron impuestos a quienes no lo eran, y el Califa Yasid II prohibió las imágenes religiosas y destruyó las que había. En el caso de Córdoba hubo una especial violencia cuando hubo un posicionamiento cristiano desafiante; produjo numerosos mártires. El Califa Hakim fue de la mayor crueldad, pero causada por su locura: 3000 iglesias destruidas convertidas en mezquitas; destruyó la iglesia del Santo Sepulcro; los cristianos debían llevar una cruz de madera colgada al cuello y los judíos un becerro dorado.

El autor analiza causas: una de ellas fue el celo de los cruzados occidentales, otra el cambio climático que trajo la desesperación por el hambre; asesinatos de reyes, revueltas populares. Hacia 1360 un señor de la guerra llamado Timur llegó a ser Kan de la mayor parte de Asia: exterminaba la

población y destruía las ciudades, levantaba pirámides de cráneos, masacró las ciudades de Siria y Mesopotamia, Damasco, Mosul. En 1402, Esmirna quedó reducida a una pirámide de cráneos; en 1453, Hagia Sophia, la iglesia de la Divina Sabiduría de Constantinopla dejó de ser la iglesia más grande del mundo y se convirtió en mezquita. Se pueden añadir muchas razones, pero el autor dice que el factor que mejor lo explica es la violencia organizada en forma de masacres, expulsiones, o de migraciones forzadas.

En el capítulo “Fantasmas de una fe”, el autor afirma que por más destrucción que haya, siempre hay una vida después de la muerte, vestigios cristianos quedan por doquier. Musulmanas y cristianos no pueden renunciar de las prácticas que vienen de unos a otros. En 1865 un misionero hablaba con viejos cristianos japoneses quienes, al ver el cuadro de la Virgen con el Niño preguntaban si estábamos en el 17º día del Tiempo de la tristeza (Cuaresma). En Turquía había familias criptocristianas mucho después de la conversión al islam. Al primer islam le costó definirse como religión independiente y tiene muchas influencias cristianas y judías. Dos de los reinos árabes más importantes eran cristianos: el Estado lájmida en Mesopotamia y los reinos gasánidas;

Al-Hirab era obispado con su red de monasterios, costumbres como la circuncisión o la dieta. Mahoma, al tomar la Meca, ordenó la destrucción de todos los ídolos, excepto la Virgen con el Niño.

¿Cómo mueren las religiones? Hay épocas de decadencia, indiferencia, laicismo, pero esto no basta para hacerlas desaparecer, aunque no son inmunes a estos desastres. Todas han sido, antes o después, expulsadas de un territorio que consideraban parte de su patria. Pero siempre dejaron tras de sí fantasmas. Los Estados acarrear muchos problemas a las tradiciones, sobre todo si pesa sobre ellas la sospecha de excesivo poder; a veces, como en el s. XIII los mongoles o el Estado japonés organizaban persecuciones brutales; los comunistas devastaron iglesias y culturas.

Hay una pregunta sobre cómo algunas religiones logran sobrevivir en circunstancias muy adversas. La tradición latina se desarrolló sobre todo en Cartago más que en Roma y dio algunos de los más importantes líderes: Tertuliano, Cipriano, Agustín... Quizá los misioneros desatendieron a los cristianos del campo para centrarse más en las ciudades; así, el cristianismo fue siempre la religión de los colonizadores. Las iglesias egipcias llegaron al corazón de los nativos; el nombre copto

es una corrupción de *aigyptos*, o sea, "egipcios nativos". Los historiadores modernos dicen que las incursiones árabes no buscaban verdaderas conquistas sino el pillaje a gran escala.

La obra se cierra con algunas lecciones importantes. Las grandes religiones han caído alguna vez en la intolerancia y la persecución; las escrituras islámicas hacen menos llamadas a la violencia que sus equivalentes judía y cristiana. La violencia y la persecución no son nada inherente a la fe musulmana, sino a los factores que influyen en ciertos lugares y épocas. El cristianismo ha podido convertirse en un distintivo de coraje o de raza, en lugar de una propuesta abierta a toda la sociedad. Así como tenemos una Teología de la misión, cultivada por las iglesias, necesitamos una Teología de la extinción; las religiones no se extinguen sólo porque sean expulsadas de un entorno al que algún día se podría volver; los recuerdos del pasado ayudan a formar nuevos asentamientos. La Historia nos dice que los asuntos humanos son efímeros y que asociar la fe a un estado particular o a un orden social determinado, es una gran majadería. El autor nos advierte de que una cosa es perder iglesias antiquísimas y otra perder por completo su recuerdo y su experiencia; lo cual constituye un desastre casi igual de terri-

ble. Por eso hay que recuperar la memoria y aquella Historia. “La cadena de la memoria es resurrección” (Ch. Olson).

Esta densa obra es todo un recorrido por la Historia de las religiones, sobre todo de la cristiana. Tiempos de florecer y de morir; tiempos de relaciones pacíficas y de persecuciones inimaginables. Sus páginas nos conducen crítica-

mente por las causas de la crisis del cristianismo, pero nos ayudan a cambiar el enfoque, excesivamente romano y europeo, para contemplar las inmensas extensiones cristianas con su riqueza espiritual, también material, y su dolorosa destrucción. Queda la esperanza de un nuevo resurgir.

José M^a Martínez

P. SEEWALD, P. *Benedicto XVI: una vida*, Mensajero, Bilbao 2020, 1100 pp.

La presente obra de Peter Seewald, periodista y, durante mucho tiempo, entrevistador del cardenal Joseph Ratzinger y posterior papa Benedicto XVI, nos acerca a una figura de gran trascendencia para la Iglesia y el mundo. A través de sus bien documentadas páginas, embarca al lector en una biografía plena de acontecimientos históricos y cambios sociales, hilvanando la vida personal y profesional de Benedicto XVI. El libro está dividido en seis partes: en la primera se narra su infancia y adolescencia, en la segunda el desarrollo de sus estudios, la tercera parte está dedicada al Concilio Vaticano II, la cuarta a los cambios de los años sesenta del siglo XX, la quinta su traslado a Roma y la sexta a sus años como Sumo Pontífice.

Su trayectoria académica en las universidades de Frisinga, Bonn,

Münster, Tubinga y Ratisbona, el papel que tuvo en el Concilio Vaticano II como teólogo consultor del cardenal Joseph Frings, arzobispo de Colonia y el desarrollo de los principales temas de su teología ocupan bastantes páginas de esta extensa obra. Fue contemporáneo de grandes teólogos como Hans Urs von Balthasar, Henri de Lubac o Walter Kasper, por señalar alguno, con los que compartió la elaboración de los documentos del Concilio, siguiendo las directrices del papa Juan XXIII de renovación de la vida cristiana y adaptación de la praxis eclesial a las exigencias de la época.

El libro también hace referencia a varias disputas que tuvieron lugar entre Benedicto XVI y el teólogo católico Hans Küng, haciendo una crítica negativa del comportamiento o las ideas del último. Se echa de menos, no obs-

tante, la mención de alguno de los múltiples e importantes trabajos efectuados por Küng a lo largo de su vida, siendo como fue conocido como un teólogo de fama internacional y fallecido recientemente. En esencia, se trata de una obra bien documentada y elaborada, aunque, en ocasiones se extiende demasiado en explicaciones que, incluso para un lector apasionado por la vida de Benedicto XVI resultan un tanto excesivas. Sí se

le ha de reconocer, no obstante, la oportunidad de acrecentar la cultura del siglo XX en temas como la política alemana en los años 40, su división religiosa, el legado actual de los años 60 en Europa o el nacimiento del secularismo, además de una idea general del funcionamiento de la curia en el Vaticano, el Estado más pequeño del mundo.

María Asunción Martínez

Raniero CANTALAMESSA, *Francisco de Asís: El genio religioso y el santo*, PPC, Madrid 2019, 278 pp.

Un nuevo libro sobre san Francisco de Asís, consistente en una recopilación de ensayos y trabajos sobre la aportación del santo a su época, al momento actual y a toda época, de la misma forma que podemos decir “a toda cultura”, “a toda religión”, “a toda situación”. En la presentación del libro hace especial incidencia en el primero de los artículos, quizá el más extenso y quizá también de contenido más novedoso, que en parte da título al libro: Francisco de Asís, “genio religioso”. Analiza el significado de la expresión “genio”, a partir del reconocimiento que se ha hecho de figuras de distintas confesiones religiosas, en las que se descubre una aportación a la religiosidad, la interioridad y la solidaridad universales... Entre ellos, por ejemplo, dentro del ámbito cristiano, aparecen reconocidos Teresa de Calcuta,

Roger Schutz, Chiara Lubich, Leo Suenens, Jean Vanier... A esta lista de personas muy recientes, se añade otra lista de personas de otras épocas en las que se resalta su influencia en la religiosidad y que se consideran hoy día patrimonio de la humanidad, como es el caso de San Francisco de Asís. En qué consiste su genialidad, qué significa ser genio y qué significa ser santo, en qué consiste la universalidad de San Francisco, que puede ser traducida a cualquier cultura, espiritualidad y época... Todo esto se ofrece en este primer ensayo que, para el propio autor, Raniero Cantalamessa, es el más importante del libro. En este artículo se presentan, entre otros contenidos, las vías de perfección de San Francisco, que se refieren fundamentalmente a tres campos: el amor, la humildad y la libertad. Y de todas ellas quizá es

la “humildad” la que recibe más referencias, de formas diversas, a lo largo de todo el libro, entendida fundamentalmente tal como lo hacía Sta. Teresa, como “verdad”.

En ninguno de los artículos se presenta ni siquiera un esbozo de la biografía franciscana. Más bien se ofrecen distintos enfoques sobre su personalidad, su aportación, su espiritualidad, el reconocimiento que los hombres han ido haciendo de él a lo largo del tiempo, su obra literaria... En ocasiones, se ofrecen distintas visiones en torno a los estudios que se han hecho sobre él, a veces más en una línea hagiográfica y otras en clave más bien profética... Pero con una idea de fondo: más allá de las anécdotas de su vida, históricas o no, de los relatos tan afectuosos y valorados de sus florecillas... lo que Francisco representa es el intento y el logro de ayudar a ver a Dios presente en la historia de los hombres y de las mujeres de su época y de toda época. A la vez, se reconoce en Francisco la encarnación de los deseos más puros y más profundos de todo ser humano, en su búsqueda de la paz, el amor, la belleza, la gratuidad.

Aparecen en el libro, si no su biografía, sí algunos relatos concretos de su vida, algunos de

sus escritos, fragmentos de estudios anteriores... y, por encima de todo, las grandes pasiones de Francisco, esas que hacen de él una figura universal, que sigue despertando admiración y deseo de acercamiento: el amor a los pobres y la pobreza, la humildad, ya destacada anteriormente, la paz, el respeto y cuidado de toda criatura, la vuelta al evangelio, la confianza en el amor de Dios, la paz con todo y consigo mismo, la fraternidad universal, la alegría... Y todo esto a pesar de sus grandes dolores y cruces, que también se recuerdan en el libro: la enfermedad, la casi ceguera, la incompreensión por parte de sus hermanos, cuando la obra fue creciendo, la conciencia de inutilidad por la que pasó...

El lenguaje es muy sencillo y asequible. Por tanto, esta es una obra para profundizar en el conocimiento de San Francisco y su significado. Quien desee conocer mejor su vida, en cuanto a los acontecimientos históricos que ocurrieron, no encontrará aquí la obra que busca. Esta obra es más adecuada para quien quiera conocer mejor el significado y la aportación histórica y perenne de San Francisco.

Esteban de Vega

ESPIRITUALIDAD

Hart, TOBIN, *El mundo espiritual secreto de los niños*, Ediciones La Llave, Barcelona 2013, 415 p.

Asistimos en los últimos años en España, o al menos en la literatura en castellano, a una tímida emergencia de publicaciones sobre el rico mundo espiritual de los niños, si bien el libro que recensamos ya fue traducido en 2013. Por supuesto que en la catequesis y en la educación de la fe hemos tenido presente al niño y su desarrollo psicológico, pero seguramente no podemos decir lo mismo de su vida espiritual. Quizás influenciados por una psicología evolutiva centrada en el estudio del desarrollo de las competencias lingüísticas y teóricas y del conocimiento racional-lingüístico-religioso, consideramos que este tipo de experiencias en los niños son demasiado inmaduras, introspectivas y poco objetivas. Sin embargo, en el ámbito anglosajón, el estudio de la espiritualidad del niño conoce ya un cierto recorrido, con auténticos centros de estudio como el “Center for the Theology of Childhood” en Denver o el “Child Spirit Institute”, en Carrollton (Georgia). fundado por el autor de nuestro libro, Tobin Hart. Profesor de psicología en la State University of West Georgia, se dedica a la investigación y la enseñanza de cuestiones relacionadas con la conciencia, la espiritualidad, la psicoterapia y el

cambio educativo. Es quizás su rol de padre y psicoterapeuta el que le ha permitido hacer acopio de una ingente cantidad de testimonios que ilustran sus argumentaciones a lo largo de todo el libro.

La tesis del libro se puede resumir en que los niños viven en un mundo espiritual secreto y poseen capacidades y experiencias espirituales, momentos profundos que modelan su vida de manera indeleble. Esas experiencias sobrecogedoras y, con frecuencia, amorosas, evidencian la existencia de un importante mundo espiritual que, hasta la fecha, nos ha pasado inadvertido. Esas experiencias constituyen los cimientos sobre los que se asienta nuestra vida como seres espirituales en este planeta.

La primera parte del libro, la dedica el autor a la gran cuestión de establecer qué entendemos por espiritualidad. El término “espiritual” se refiere a la influencia íntima y directa que tiene lo divino en nuestras vidas. Las experiencias espirituales son directas, personales y, con frecuencia, tienen el efecto –aunque solo sea por unos instantes– de despertar y expandir la comprensión de lo

que somos y de cuál es nuestro lugar en el mundo. Aunque la esencia de lo espiritual sea misteriosa es posible apreciar la presencia de lo espiritual en los pequeños momentos cotidianos como, por ejemplo, cuando un niño pequeño nos abraza con fuerza, cuando respiramos y apreciamos el aire agradable de un día primaveral y todas nuestras tensiones se relajan. A lo largo de los cinco primeros capítulos se exploran las cinco categorías generales de la espiritualidad, según el autor: la sabiduría, el asombro, el encuentro entre el tú y el yo, el cuestionamiento y la visión de lo invisible, que son los estilos o cauces naturales por los que suele discurrir la espiritualidad infantil. Todos estos elementos pueden ser vividos desde la infancia y convertirse en el punto focal de nuestra vida.

Es posible afirmar que esas experiencias son el principio de la “inteligencia espiritual” pero, al igual que ocurre con el intelecto —que todos nosotros poseemos en mayor o menor medida—, la inteligencia espiritual también se halla desigualmente repartida, emerge en muy diferentes circunstancias y puede que sea indispensable el entrenamiento para que madure completamente. Una vez que perdemos el contacto con la sabiduría interior, la capacidad de asombro, la compasión y los valores profundos, nuestra vida deja de estar go-

bernada por las profundas corrientes del espíritu y se halla a merced del temor. Por eso, el autor dedica la segunda parte del libro a ayudar a padres y educadores a “sostener” la espiritualidad de los niños. En efecto, el desarrollo de la vida espiritual infantil no es un proceso de adicción (de ideas, dogmas, reglas), sino un modo de sacar a relucir su espiritualidad latente. Los prejuicios religiosos y psicológicos subrayan el lenguaje y el pensamiento lógico y las “conversaciones sobre Dios” —o el modo en que los niños conciben a Dios y hablan de él en un determinado contexto religioso—, en detrimento de los sentimientos y de la genuina experiencia espiritual. Muchas veces, esta clase de prejuicios excluye cualquier posibilidad de que los niños puedan tener vida espiritual alguna y considera que los niños tienen que esperar a la adolescencia o la edad adulta —momento en el que cuentan con la debida capacidad cognitiva y conocimiento religioso— para acceder a la auténtica espiritualidad. Por lo general, los adultos solemos concebir la relación con los niños como si fuésemos nosotros quienes les ayudamos a desarrollarse pero, en realidad, también ellos nos ayudan a nosotros. La presencia de los niños nos proporciona indicios de que, para acceder al dominio espiritual tenemos que ser como ellos y “convertirnos en niños”, es decir, abrirnos al misterio y ser espontáneos y puros de corazón. Su presen-

cia activa nuestra naturaleza espiritual y moviliza nuestra capacidad de asombro, compasión, comunicación y esperanza.

Como reza el subtítulo, se trata sin duda de una “innovadora investigación que cambiará nuestra forma de comprender las experiencias místicas de los niños”. Quizás conscientes de la reticencia que pueda causar el calificativo “místicas” los editores españoles han preferido referirse a la “vida interior de los niños”. En efecto, la lectura de los testimonios con los que ilustra el autor sus descripciones de la espiritua-

lidad suscita la sospecha de que se base sobre experiencias poco frecuentes, casi paranormales. Sin embargo, tales testimonios solo sirven para percatarse de la grandeza y alcance de lo que traemos entre manos: una cosmovisión que ha estado presente en el seno de las grandes tradiciones religiosas pero que nuestro mundo contemporáneo ha arrinconado. Un libro muy recomendable para padres y educadores que esperemos cambie nuestra visión de la infancia.

José Andrés Sánchez Abarrio

Víctor HERRERO DE MIGUEL, *La casa sin paredes de la vida, Frontera, Vitoria 2020, 96 pp.*

“Un místico de nuestros días -fallecido hace algunos años-, el poeta canadiense Leonard Cohen, tiene una canción titulada ‘El amor en persona’ donde cuenta un instante en que, gracias a un rayo de luz que entra por la ventana, consigue ver con claridad las motas de polvo que difícilmente se distinguen. Por medio de ellas, dice en un verso muy hermoso, ‘El Sin-Nombre construye un nombre para alguien como yo’” (p. 52).

Este es un libro breve, muy interesante y muy actual. De hecho, el mismo autor reconoce que al escrito original, que fue pensando y redactando durante un tiempo tranquilo, fue sometido a diver-

sas correcciones para incluir en él la reflexión y los añadidos que la situación de pandemia que sufrimos le iban suscitando. Víctor Herrero es un franciscano capuchino que cifra en estas páginas “una cosmovisión franciscana de la vida”. En esa visión, obviamente, un tema fundamental es la fraternidad, que es el horizonte fundamental del planteamiento del libro. Para ello, sigue los siguientes pasos: en la primera parte, muy breve, nos acerca al pozo de los textos antiguos, tanto de la Biblia como de las palabras de Jesús. Es una parte breve, sí, pero muy sabrosa, en la que Víctor Herrero deja claro que ese es su campo profesional, en el que no solo

expone conocimiento y sabiduría, sino en el que se recrea e invita al lector a recrearse; a continuación, nos presenta el “Cántico” de San Francisco, a partir del cual nos muestra cómo era el corazón del santo de Asís. Y, finalmente, nos da unas pistas de lo que puede ser una vida enraizada en la fraternidad y abierta al mundo.

He realizado la lectura de este libro a la vez que leía la Encíclica *Frattelli tutti*, y me han llamado la atención las coincidencias. En ambos, la fraternidad se propone de un modo universal, a toda persona que desee vivir humanamente, de acuerdo a los grandes valores de los derechos humanos, y que nuestra fe remarca de un modo muy especial porque sabemos hijos de un Padre que nos quiere con locura nos lleva a sentirnos y a transformarnos en hermanos. Es una fraternidad que se puede proponer a todo hombre de buen corazón, de entrada, porque es mejor construir que destruir, porque merece la pena el diálogo y no el desacuerdo, porque podemos construir un mundo de unidad... Y porque esta utopía cobra todo su sentido y su credibilidad cuando es sustentada por Dios mismo.

Víctor Herrero, además de bibliasta, es un poeta. Goza la poesía y la hace gozar, por eso quizá sus referencias más frecuentes y pro-

fundas las toma del mundo de la poesía. Nos acerca así al pensamiento y a la belleza de José Hierro, Christian Bobin, Yevgueni Yevtushenko, José Lezama Lima, Jorge Luis Borges, Gabriela Mistral, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Leonard Cohen, Martha Asunción Alonso, Fermín Herrero, Alda Merini...

El capítulo que quizá resulta un tanto excesivo, que me imagino que para la mayoría de los lectores puede parecer más complejo y quizá innecesario en un libro de estas características, es el segundo, el que dedica al “Cántico de las criaturas” de San Francisco. En él analiza verso por verso, casi palabra por palabra, el significado del poema, el contexto en que se escribió, las referencias a la propia vida y al universo mental y cultural de San Francisco... Incluso, en varias ocasiones, se refiere a la evolución del significado de las palabras, su etimología. Puede parecer excesivo, pero lo cierto es que merece la pena su lectura y dejarse llevar por la belleza del Cántico y por todo su mundo de referencias y de sentido. Se descubre, por ejemplo, el significado profundo de expresiones como precioso, útil, casta... Sorprende que de un libro breve, de sólo tres capítulos, y dedicado a la fraternidad, dedique tanto espacio y atención a un poema en el que, al menos aparentemente, la frater-

nidad no es el tema fundamental; y, sin embargo, todo el poema es precisamente un cantico a la fraternidad, que desborda la vida humana y que se propone a toda la creación, y que integra en esta hermandad incluso a la propia muerte.

El subtítulo del libro es “Fraternidad en un mundo herido”. Esta realidad de mundo herido se aborda fundamentalmente en el tercer capítulo, en el que se propone la fraternidad como un horizonte de vida para el ser humano, capaz de darle sentido, acogida y sustento a los mejores sentimientos que brotan de nuestro corazón y darles alas. Como seres humanos, somos seres débiles y el deseo de fraternidad nace precisamente de nuestra indigencia, de nuestra debilidad. Nos necesitamos unos a otros y en lugar de vivir esa necesidad desde el miedo, podemos vivirla desde la confianza, dando cabida y apelando a lo mejor de nosotros, a mimar nuestro deseo de bien, que, a pesar de vivir en

el tercer milenio, aún está por estrenar. Dice Víctor Herrero, citando a uno de sus poetas favoritos, Christian Bobin, “hasta ahora apenas se ha dicho nada acerca del bien: el porvenir de la literatura es, por eso, infinito”.

La mayoría de los cuadernillos de esta colección del Instituto Teológico de Vida Religiosa de Vitoria tienen como primeros destinatarios a los religiosos y religiosas. No así este ejemplar, en el que la propuesta fraterna es para todos, y parece que más que proponer fraternidad realiza una propuesta más amplia, de vida ética, abierta y solidaria. En ese sentido, esperaba algo más concreto y más incisivo dirigido directamente a la construcción de la fraternidad; pero no cabe duda de que Víctor Herrero es un gran escritor, que merece la pena adentrarse en sus libros y que tiene mucho que ofrecer. Sus referencias culturales son profundas y amplísimas y leerle es un placer.

Esteban de Vega

José Carlos BERMEJO, *Humanizar el cuidado. Atención centrada en la persona*, PPC, Madrid 2019, 156 pp.

El autor parte de su experiencia y de su conocimiento para sentar las bases humanistas del cuidado del enfermo o de la persona necesitada; no en vano es Hermano Camilo. Pero aquí añade un matiz que cambia todo el enfoque de los cui-

dados: supera la condición de un enfermo más y lo convierte en el centro de atención personal, de su autonomía y de su dignidad. Enseguida comienzan las resonancias a la terapia centrada en el cliente, a la vida plena y a la no directividad,

con su origen en K. Rogers, Maslow, etc. Y con ese telón de fondo, surge la AICP, la Atención Integral Centrada en la Persona.

La salud no es algo solamente biológico; es la persona quien está enferma, por tanto, la atención (*Counselling*) ha de ser holística, que abarque todos los aspectos de la persona. Quien la cuida se convierte en persona de “ayuda” que ofrece la oportunidad al mayor, al enfermo, de comprender la totalidad de lo que en él pasa. Esta atención integral puede darle sentido de su propia autonomía. Este ha de ser el esfuerzo de los centros públicos e instituciones de los servicios, los terapeutas, adaptarse a las personas para respetar la individualidad de quienes necesitan sus atenciones. Es una propuesta de solidaridad y protección, contraria a la falsa o hipertrofiada autonomía propia de la sociedad narcisista.

La relación de ayuda trata de empoderar, de fomentar el poder de enfrentarse por sí mismos, a las dificultades, aprovechando los recursos de la persona. Para ello se hace una “alianza terapéutica” de respeto, confianza y aprecio mutuos; incluso a veces la persuasión es necesaria si está en juego la salud de terceros. En todo momento, preside el concepto de empatía, contrario a la dispatía. El cuidador evita los juicios, las eva-

luaciones, pues trata de facilitar el desarrollo de la persona en un encuentro de gratuidad, proximidad y hondura. Las críticas contra la empatía quizá denoten falta de comprensión justa del término.

El optimismo de la psicología humanista lo lleva el autor a la relación con una visión actualizante. Para mirar adelante con optimismo, primero se ha de limpiar la memoria; ayudar a curar las heridas de la vida (ansiedad, miedo, aflicciones...) para abrir a la esperanza. Se tratará de dar significado a la adversidad más allá de la resistencia que implica tomar esa responsabilidad. ¿Esperanza del enfermo? La esperanza es la esencia del ser humano: de vida, de bienestar... incluso la esperanza de morir. En este caso, todavía más, necesita el alivio de la compañía, la solidaridad. La relación propuesta por el *Counselling* persigue estos fines.

Cuidar requiere también cuidarse del posible desgaste emocional, del egocentrismo profesional que se busca a sí mismo más que el bien del paciente, de la creación de lazos de dependencia que impiden la toma de conciencia de sí mismo. En todo momento se busca la dignidad de la persona, su autonomía; una dignidad utilizada como argumento a favor de la eutanasia; pero morir según procesos naturales es lo propio de la dignidad humana;

lo importante será promover la formación de personas con empeño de cuidar (OMS) más que de acelerar los procesos de muerte. En suma, cuidar es superar el mandamiento de “no matarás” con el de “amarás”.

Este libro deberán estudiarlo quienes se preparan para tratar

con la salud, la enfermedad, la atención y cuidados de mayores, etc. Y para quienes están en ejercicio de esta misión será un toque de profesionalidad y de humanidad muy necesario.

José M^a Martínez

VIDA RELIGIOSA

Javier CORTÉS, *Liderazgo en la Vida Religiosa, Frontera, Vitoria 2021, 96 pp.*

El autor, en la presentación del libro, reconoce que esta obra es el fruto de una serie de charlas que impartió en torno al liderazgo en el proceso que muchas instituciones religiosas están viviendo en torno a la misión compartida. En el libro, excepto en algunas páginas en las que se habla de la misión compartida, el contenido se centra totalmente en el tema del liderazgo de la vida religiosa, aunque sin olvidar y teniendo una clara referencia al mundo de la empresa, pues Javier Cortés está convencido de que el liderazgo del mundo empresarial puede tener muchos puntos en común con todo tipo de liderazgo, incluido el mundo de la inspiración eclesial. Según Javier Cortés, también el mundo de la empresa habla de modelos de gobernanza basados en valores, participación y desarrollo de las personas y para nada de rige por modelos fríos e impersonales. Y esto se está produciendo de modo creciente.

En la realidad global de la Iglesia, quizá es la vida religiosa la que desde siempre ha sido más sensible ante el tema del gobierno entendido de un modo participativo; pero necesita cuidar su modo de vivir el liderazgo, dados los grandes cambios de la situación actual, que cifra en cinco grandes apartados: la debilidad institucional, el desbordamiento de la gestión, los procesos de misión compartida, las uniones, fusiones y proyectos intercongregacionales y los procesos de recreación de los diferentes carismas.

Javier Cortés se muestra partidario de una gestión proactiva y teme que, por el contrario, se actúe más bien de un modo reactivo. En este sentido, es muy interesante la reflexión que ofrece sobre el verdadero significado del término “prudencia”, que siempre se ha entendido como una cualidad esencial del

líder, pero que se ha interpretado más bien de forma reduccionista, como una invitación a la cautela. Y en realidad, el verdadero sentido, a partir de su raíz etimológica, es todo lo contrario. El gran peligro es quedarse con los brazos cruzados o anclarse en medidas y soluciones del pasado, por pura inercia o por temor. Ofrece pistas para encaminar esta proactividad, de modo que se abra camino al futuro, atendiendo el cuidado de las raíces y no de las ramas. De entrada, considera que la economía, que parece ser la gran baza de toda gestión, no es la parcela que más hay que cuidar. A lo sumo, es un ámbito más, no “el” ámbito. El buen liderazgo se preocupa por fortalecer el carisma, no la institución, mediante el desarrollo de la confianza, el diálogo y la puesta en práctica de una sabiduría interna.

Pone el acento tanto en el ser del líder, las cualidades que debe atender y practicar, como en el hacer. No es que deje de lado la dimensión espiritual, pero no se polariza en ella, de modo que, en comparación de otros muchos libros que se han editado recientemente sobre el liderazgo en la vida religiosa, que sobre todo ofrecen pistas para atender e interpretar la tarea del

líder en este momento complicado desde la dimensión más espiritual, en este libro de abren otras dimensiones del liderazgo. Se nota que el autor ha ejercido el liderazgo en facetas más profesionales y desde ahí puede plantear una síntesis más integradora del ser y del hacer. Quizá lo que hace que este libro sea muy recomendable es el hecho de que Javier Cortés hable del liderazgo de un modo tan realista, al analizar y describir de forma tan clara los problemas, los desaciertos y la desafección que a veces provocan los líderes que no asumen su misión de forma adecuada, sea por la parálisis que les provocan sus temores, el exceso de cautela con que actúan, el paternalismo con que tratan a los demás, el egocentrismo que rige su visión y su acción, las inercias de sus decisiones, la cerrazón de su mirada, la falta de información y comunicación que ofrecen... Y, aunque, tal y como dije, en este caso no centra la temática del liderazgo en el contexto de la misión compartida, no cabe duda de que los acercamientos que hace a lo largo de la obra a este tema son muy adecuados y el lector encuentra en ellos uno de los principales atractivos de la obra.

Esteban de Vega

EDUCACIÓN

Javier BAHÓN, *La escuela ante el espejo. Paradigmas paralizantes, andamiaje pedagógico y retos*, SM Madrid, 2018, 225 pp.

La escuela ante el espejo es una propuesta de mejora educativa en el ámbito institucional, escolar, académico, de los procesos de enseñanza y aprendizaje, distinguiendo entre educación y escuela. El autor realiza los análisis a partir de sus propias experiencias educativas; ha pasado por distintas etapas, algunas de las cuales le parecen ya caducas. En todas las páginas hay una propuesta de renovación y mejora para evitar el fracaso escolar y promover el éxito en la vida. Recoge muchas situaciones reales que surgen –en distintos tonos de alegría y tristeza– de los mismos educadores: “Este niño puede hacer más...Cada vez vienen más desmotivados... Esto lo lleva haciendo toda la vida...” Y lo mismo se deja oír de la boca de los directores, inspectores, etc.

Tras ese primer capítulo va construyendo el andamiaje de lo que puede ser la enseñanza. Naturalmente, son muchos los aspectos que hay que analizar: el currículo flexible, la autoevaluación... la pregunta sobre las capacidades mínimas que se esperan de la ciudadanía europea, en concreto. Hay competencias profesionales, competencias del educador que abarcan las zonas afectivas, profesionales, de carácter y de relación

con los alumnos. Desde un punto de vista práctico, el autor hace un estudio de las inteligencias múltiples, una teoría sobre la inteligencia diversa y sus potencialidades. Las formas de atender al desarrollo de capacidades, puede constituir toda una metodología; por eso surgen orientaciones dadas a los equipos directivos sobre la forma de trabajar la inteligencia lingüística, la lógico matemática, la visual espacial, etc. El tipo de agrupamientos heterogéneos de los alumnos puede contribuir al éxito, si bien aparece siempre la pregunta sobre los resultados, afirmando que son positivos tanto como resultados académicos como de evaluación positiva del profesorado y de los alumnos.

“Expertos en mi camino” es el título que da el autor a otros tantos que le sirven de orientadores: H. Gardner, R. Swartz, Tonucci, Sternberg, Perkins, dedicando una atención especial a Reuven Feuerstein y a su programa PEI, así como a los cursos que el autor siguió sobre dicho programa. (Hubiera estado bien la cita del movimiento que dichos cursos originaron y la entidad –La Salle– que promovió tan significativa innovación). No podía faltar la alusión al aprendizaje coope-

rativo con sus objetivos básicos. La interacción, la ayuda mutua, así como los cinco elementos básicos del aprendizaje: la interdependencia positiva, la responsabilidad individual, la interacción cara a cara, las habilidades interpersonales y el procesamiento del grupo. El tipo de agrupamiento, las estrategias generales, la evaluación del sistema cooperativo, todo ello pone en la pista de una metodología que lleva su progresivo arraigo.

En la educación actual se da mucha importancia a los espacios, ya que en ellos se ve reflejada la identidad de la metodología de un colegio. Espacios amables, creativos, sin reducirlos solo a las típicas clases, utilizando la flexibilidad. Espacios de expresión, rincones específicos e incluso los espacios exteriores como campos de juego, siempre ambientados y acomodados en función de la localización del centro educativo. El nuevo paradigma educativo nos hace plantearnos nuevos procesos más eficaces y eficientes; buscamos que los alumnos aprendan y que sean competentes para la vida. Los lugares deben tener en cuenta eso mismo, ser lugares de aprendizaje y que tengan un

carácter educativo. No se trata de tirar tabiques e imitar cosas sin saber por qué; siempre atentos al mejor indicador como es la motivación y el compromiso del alumno.

El autor va cerrando el libro con la pregunta sobre si queda algo por hacer. La respuesta es un buen número de sugerencias: el juego de ajedrez, el baile, la relación, la multisensorialidad, la metacognición... Y hace un último subrayado después de recorrer muchas metodologías e innovaciones: lo importante es la formación, formadores cualificados tanto teórica como prácticamente y de dicha formación se podrá partir para llegar a implementar distintas metodologías.

La obra proporciona numerosas sugerencias aprovechables por parte de quienes están en el ejercicio de la enseñanza. Las sugerencias particulares pueden ser de inmediata aplicación; otras, que afectan a metodologías envolventes del sistema educativo, quedan sugeridas y mueven la curiosidad de quienes quieren más en educación.

José M^a Martínez

SOCIOLOGÍA Y POLÍTICA

Luigino BRUNI, *La destrucción creadora: Cómo afrontar las crisis en las organizaciones motivadas por los ideales*, Ciudad Nueva, Madrid 2019, 100 pp.

Luigino Bruni es profesor titular de Economía en la universidad LUMSA de Roma, coordinador del proyecto “Economía de Comunión” y autor de muchos libros y artículos, aunque en España hasta ahora no es muy conocido. Presenta esta obra curiosa, porque en ella se aúnan temáticas que no es habitual que veamos unidas: organización empresarial, economía, ideal, fe... Si bien, el tema directo de la fe o la referencia a la Palabra de Dios no aparece de forma explícita, y de modo muy bello, hasta los últimos capítulos; pero toda la obra tiene un profundo sentido espiritual. Amplía así nuestra visión de la realidad y de la cultura actual y nos ofrece claves para interpretar mejor nuestro mundo, en el que todo está interconectado. De hecho, ya la definición de “carisma” que Cristina Calvo nos ofrece en el prólogo, término tan habitual en el mundo religioso, nos ayuda a ver la orientación que el libro tendrá, que supera las fronteras del mundo de la religión, pues define “carisma” como “un don para ver (con ojos del espíritu) cosas que otros no ven”, consciente de que los carismas no se revelen solo en el plano religioso, sino también

en la vida civil.

El subtítulo de la obra ayuda a entender muy bien lo que el libro plantea: “Cómo afrontar las crisis en las organizaciones motivadas por ideales”. Y en realidad toda la obra pretende ayudarnos a reflexionar a nivel personal y colectivo sobre la urgencia de no abandonar los sueños, los ideales, los carismas. No solo no abandonar, sino recrear, renovar, sin perder ni las raíces ni el alma de las instituciones que, según Marco Tarquinio, autor del prólogo a la edición italiana, son de “elevación o de donación”, es decir, “del encuentro, del compartir y del cuidar”.

El libro, en su mayor parte, se trata de una recopilación de artículos de Luigino Bruni, buen conocedor del mundo de la empresa, pero también buen conocedor de las *organizaciones motivadas por ideales* (OMI) pues pertenece al movimiento carismático de los Focolares.

El autor da importancia a que el análisis de la situación de estas organizaciones lo hace alguien laico, con libertad y honestidad suficientes como para no caer en la tentación de ser un observador lisonjero y, desde esa libertad,

evitar decir lo que las personas implicadas desean oír.

Luigino Bruni toma el título de la expresión “destrucción creadora” del economista Joseph A. Schumpeter, para referirse a la necesidad de remodelar creativamente el inmueble, es decir, la necesidad de adaptar el espacio, rehaciéndolo, agrandándolo. Ese espacio es el carisma, que debe ser transformado, enriquecido, en el transcurso de la historia, negándose al inmovilismo, para que la libertad y la creatividad no solo no mueran, sino que cobren fuerza. Apuesta por la diversidad, sirviéndose de distintas imágenes, como esta tan bella con la que termina la presentación: “Los movimientos carismáticos que se han demostrado vivos y longevos son los que tienen “deltas” plurales y con muchos arroyuelos. Los “estuarios” monolíticos, compactos y monótonos tienen una vida breve. La biodiversidad es la ley de la vida, de toda vida bajo el sol” (p. 30).

A lo largo de los capítulos, el autor habla del carisma, de todo carisma, que está llamado a hacer más bella la tierra, avisando de que hemos de dar siempre mucha más importancia al carisma que a las instituciones. Laten en varios capítulos las mismas ideas que en el libro *La expulsión de lo dis-tinto*, de Byung Chul Han, por su

invitación a acoger la diferencia, lo diverso, y por evitar la tentación del humanismo inmunitario con el que las estructuras tienden a perpetuarse. Enaltece el profetismo inconformista en el seno de las instituciones, que actúa por motivaciones intrínsecas, pero que siempre es leal. Se opone a la meritocracia y la cultura del incentivo, que restan libertad y llevan a confundir todo, y alerta contra el reduccionismo identitario.

Habla también del modo de sobrellevar y superar las desilusiones, sobre la soledad inherente de quien recibe la llamada que, sin embargo, necesita escuchar al diferente. Sobre la necesidad de liberarse de la tentación de reforzar las estructuras y la necesidad de superar la mirada autorreferencial en el momento en que llega la crisis.

Un libro de gran belleza en la expresión y en la profundidad de las ideas, y de gran actualidad, por plantear tan abiertamente la crisis de las instituciones movidas por la fuerza del carisma, precisamente en este momento en el que tantas instituciones, especialmente de tipo religioso, están viviendo esa profunda crisis.

Esteban de Vega

ÉTICA Y MORAL

Antonio RUBIO, *Solidarios, La vida más allá de uno mismo*, Antonio Rubio, Rialp, Madrid 2020, 165 pp.

Según Javier Fariñas Marín, prologuista del libro, el sentido de esta obra queda bien expresado en el subtítulo de la misma: “La vida más allá de uno mismo”. En un contexto individualista, donde todo se centra en el bienestar personal, o a lo sumo familiar, se nos invita a mirar que hay vida más allá de los propios intereses. Antonio Rubio presenta en esta obra, aparentemente sencilla, la vida de cinco personas que encarnan muy bien, según señala el prologuista, el sentido del *ubuntu*, expresión africana que quiere decir, más o menos, que somos lo que somos gracias a los demás. Y digo que es una obra aparentemente sencilla porque, aunque parezca un libro en el que lo más importante son las cinco biografías, lo realmente importante no es tanto la biografía de cada personaje, sino su pensamiento, su obra, sus escritos, sus contactos, su influencia... Y, en cierta forma, en ocasiones da la impresión de que lo que realmente se plasma en este libro es el modo de pensar y de sentir del autor, Antonio Rubio, comunicado a través de la experiencia de las cinco personas a las que nos acerca. Pretende, según sus propias palabras, ofrecer una posibilidad para plantear una

“buena globalización”, en un contexto en el que casi siempre por globalización entendemos más bien contenidos no positivos, que tienen que ver poco con la solidaridad y la preocupación por los más desfavorecidos.

De cada uno de los personajes se expone lo fundamental de su vida. Algunos son muy conocidos por el gran público, y otros no tanto.

Svetlana Alexievich, premio nobel de literatura y primera persona que lo recibe sin que sus escritos sean de ficción. Es bielorrusa, historiadora y periodista, que ha puesto voz a las pequeñas voces. Destaca en ella su capacidad de escuchar y de captar el alma de las personas a las que entrevista, y a lo largo del capítulo se la relaciona con el estilo y la hondura de Dostoievski. Por medio de sus escritos nos acercamos a la realidad de Rusia, desde un posicionamiento profundamente antibelicista.

Antonio Guterres, portugués, Secretario General de la ONU, que subraya siempre que la diversidad cultural es una riqueza y no una amenaza. Es presentado como un político de profundas convicciones católicas, que ha mantenido

a lo largo de su vida los grandes ideales que ya aparecieron en su juventud: la implicación efectiva en favor de los más desfavorecidos, por medio del voluntariado, su vinculación a grupos y plataformas de tipo solidario, la coherencia de vida, la preocupación por los desplazados, el cambio climático... Cuando trabajó en el ACNUR se preocupó por incrementar la cooperación de las comunidades religiosas de distintas confesiones, convencido de que la religión revela lo mejor que hay en la persona y es una bendición para la humanidad.

Mahamat Saleh Horoun, es natural del Chad, aunque vive exiliado en Francia desde 1982. Se le presenta como un cineasta que ha plasmado en sus películas el dolor de los pobres y los humildes de África, desde una inquietud compasiva y a favor del perdón. En cada uno de los capítulos Antonio Rubio hace alusiones amplias y muy directas al mundo del cine, citando y analizando películas concretas que tienen que ver con la vida del biografiado, con su cultura, sus referencias... La alusión al cine en el caso de Mahamat Saleh Horoun, obviamente, es mucho más amplia. A pesar de que este director no es tan conocido como otros directores que han gozado del éxito comercial de sus películas, se nos informa de que también ha recibido muchos premios por sus

películas, en las que los grandes temas son la justicia, los pobres, la esperanza, la libertad, las relaciones...

Andrea Riccardi, italiano, fundador de la Comunidad de Sant Egidio, incansable en la defensa de la paz y en la mediación de conflictos armados. Antonio Rubio le llama “artesano de la solidaridad”. En la parte dedicada a esta persona, se habla mucho de Europa, de sus raíces cristianas, de su relación con África, de los conflictos armados en los que Sant Egidio ha mediado en favor de la paz... Curiosamente, sin que se sepa muy bien el porqué, hay un amplio comentario sobre la película “El evangelio según San Mateo”, de Pasolini.

Antoinette Kankindi, congoleesa, aunque residente en Kenia, profesora de ética y filosofía política y apasionada defensora de la mujer. Lucha por los derechos de la mujer, pero el autor deja bien claro que no desde posturas feministas extremas. La reflexión más insistente en este capítulo es acerca de la pretensión tan extendida actualmente de luchar en favor de los derechos, pero pretendiendo evitar toda alusión al deber.

Cuando se termina de leer el libro, uno descubre que no ha conocido mucho mejor a los personajes en él presentados, porque no hay mu-

chos detalles sobre sus vidas. Sí se ha conocido, sin embargo, su pensamiento, sus apuestas, la brecha solidaria en la que se encuentran más implicados... Las reflexiones acerca de nuestra sociedad, nuestra educación, nuestro sistema económico, nuestra política, nuestros valores, es la que ocupa más páginas. En ocasiones, se hace demasiado evidente, por

el tipo de referencias o de citas, que realmente el autor del libro quiere transmitir un mensaje, y que ese mensaje es el realmente importante. En ocasiones, el modo de transmitirlo parece un tanto forzado, pues las referencias a libros, películas y otros autores resulta artificioso.

Esteban de Vega

Patxi ÁLVAREZ DE LOS MOZOS, *Diez cosas que el papa Francisco quiere que sepas sobre la ecología*, Publicaciones Claretianas, Madrid 2016, 70 pp.

Patxi Álvarez de los Mozos es el secretario para la Justicia Social y la Ecología de la Compañía de Jesús. En este breve pero esclarecedor libro nos presenta diez claves para comprender la encíclica *Laudato si* del papa Francisco.

Pocos días después de su elección, preguntaron al papa Francisco por qué había elegido el nombre de Francisco. Contestó que el nombre se refería a Francisco de Asís, porque “para mí es el hombre de la pobreza, el hombre de la paz, el hombre que ama y custodia la creación”.

Poco después de un año de su Pontificado, el papa Francisco pidió al Pontificio Consejo Justicia y Paz un primer borrador de una posible encíclica sobre el medioambiente. El cardenal Turkson, al frente del Consejo Justicia y Paz, preparó pronto un largo esbozo que posteriormente fue enriquecido por más de 200 es-

pecialistas e instituciones de todo el mundo y al que el propio Papa incorporó sus reflexiones. El resultado fue la encíclica *Laudato si* (LS), sobre el cuidado de la casa común, la primera de un Pontífice dedica enteramente a esta cuestión.

¿Qué diez cosas quiere el Papa que sepamos sobre la ecología?

1ª Cosa. “¡Gracias!” En primero lugar ser agradecidos, porque todo es un don. No sorprende que el título de la encíclica del papa Francisco sobre la creación sea precisamente *Laudato si*, es decir, “alabado seas”. La Gratuidad es la puerta entrada al “cuidado de la casa común. El mundo es algo más que un problema que resolver, es un misterio gozoso (LS 12). La contemplación de la creación suscita el agradecimiento y convoca la alabanza.

2ª Cosa. “Pertenece a una misma familia”. El texto de LS

comienza afirmando que la tierra es “como una hermana, como una madre bella” (LS 1). “Todos los seres estamos unidos por lazos invisibles y conformamos una especie de familia universal” (LS 89). “Todo está relacionado, y todos los seres humanos estamos juntos como hermanos y hermanas en una maravillosa peregrinación, entrelazados por el amor que Dios tiene a cada una de sus criaturas y que nos une también con tierno cariño, al hermano sol, a la hermana luna, al hermano río y a la madre tierra” (LS 92).

3ª Cosa. “Escucha el gemido de la tierra”. Ante los males que está sometido actualmente la tierra no basta con la buena voluntad, se precisa el conocimiento y las aportaciones de la ciencia. “La ciencia y la religión, que aportan diferentes aproximaciones a la realidad, pueden entrar en un diálogo intenso y productivo para ambas” (LS 62). Toda la *Laudato si* es un esfuerzo de diálogo fecundo con la ciencia.

Tanto la ciencia como la religión son conscientes que estamos creando “un inmenso depósito de porquería” (LS 21). Y “hay un consenso científico muy consistente que indica que nos encontramos ante un preocupante calentamiento del sistema climático” (LS 23). El papa Francisco no se ha limitado en la encíclica a señalar los

síntomas del perjuicio que estamos causando sobre la Tierra, sino que ha considerado las causas profundas que lo generan. Una de ellas es la cultura del descarte que lleva a cosificar y degradar las realidades y a desecharlas. Aplicamos una misma lógica consumista que aprecia las cosas en tanto nos sirven y no por su valor intrínseco.

Otra de las causas que está dañando la Tierra es el modo como se interpreta la economía. “Los recursos de la tierra también están siendo depredados a causa de formas inmediateistas de entender la economía y la actividad comercial y productiva” (LS 32). Cualquiera cosa que sea frágil, como el medioambiente, queda indefensa ante los intereses del mercado divinizado, convertido en regla absoluta.

4ª Cosa. “Los más afectados, los pobres”. Algunos periodistas han definido la LS como una encíclica verde. Creemos más bien que estamos ante una encíclica social, en la estela de los documentos de la Doctrina Social de la Iglesia, que tiene por preocupación central las consecuencias de la fe en la vida social. La preocupación del Papa no es exclusivamente verde, sino por la vida amenazada, la de tantos seres vivos y la de infinidad de seres humanos marginados. Plantear lo ecológico se convierte en un plan-

teamiento social, que debe integrar la justicia en las discusiones sobre el ambiente, para escuchar tanto el clamor de la tierra como el clamor de los pobres (LS 49). Porque en realidad “no hay dos crisis separadas, una ambiental y otra social, sino una sola y compleja crisis socio-ambiental” (LS 139). De hecho, “el ambiente humano y el ambiente natural se degradan juntos” (LS 48).

El calentamiento global provocará asimismo la elevación de los mares, afectando a una parte de la humanidad, que vive en zonas costeras. Pero su impacto recaerá nuevamente de modo especial sobre los últimos (LS 48), que estarán obligados a migrar ante la pérdida de sus viviendas y tal vez también de sus modos de vida.

El papa Bergoglio se ha empeñado en promover desde el comienzo de su pontificado esta defensa de la vida de los más pobres. De ahí que haya hablado en diversas ocasiones de “ecología humana”. No habrá vida para los pobres en un ambiente degradado; tampoco protegeremos el medioambiente si nos olvidamos de los excluidos.

5ª Cosa. “Por una ecología integral”. La existencia de esta doble problemática del deterioro medioambiental y de la exclusión de tantos seres humanos nos deja en la inquietud de cómo responder a estos desafíos.

Para Francisco la respuesta y lo que propone es el concepto de ecología integral, es decir, el cuidado de la vida toda, en la multiplicidad de sus formas. Y una respuesta integral se deriva de la mutua dependencia de todas las cosas, de su interrelación y compenetración.

Y ecología integral significa también la preocupación y protección de las culturas. Todo ello porque asistimos a una creciente homogenización cultural que está poniendo en riesgo numerosas culturas humanas.

6ª Cosa. “Enriquecer nuestra fe”. ¿Por qué la fe queda enriquecida en la contemplación y comprensión de la naturaleza?

Porque en ella encuentra un lugar privilegiado de encuentro con Dios, un espacio elocuente que porta consigo el eco de la voz de Dios. Pero además la fe también mueve a proteger la naturaleza: “Las convicciones de la fe ofrece grandes motivaciones para el cuidado de la naturaleza y de los hermanos/as más frágiles” (LS 64). Ser creyente debería ser, por tanto, una buena condición de partida para cuidar de la creación.

Hace no tanto un científico defensor convencido del medioambiente y agnóstico decía: “necesitamos de ustedes los creyentes. Ustedes pueden hablar de sentido, ofrecer

motivaciones y brindar esperanza. Por favor, implíquense con nosotros” (p. 44). De hecho, esa es la esencia de la fe: aportar sentido, motivación y esperanza.

Y otra cuestión muy importante: La consideración ecológica también está ampliando nuestra categoría de pecado. En LS 8 se afirma: “Un crimen contra la naturaleza es un crimen contra nosotros mismos y un pecado contra Dios”.

El papa Francisco citando al Patriarca Bartolomé, nos invita a examinar nuestra conciencia para arrepentirnos de los daños ecológicos que todos generamos.

7ª Cosa. Necesidad de convertirnos. La crisis ecológica y social nos exige una profunda conversión, una transformación radical en nuestras relaciones con los demás, con el medioambiente, con nosotros mismos y con Dios. Para esta conversión implica una serie de actitudes que cultivar (cfr LS 220). La primera actitud implica gratitud ante tanto bien como hemos recibido. Sentir que todo lo hemos recibido gratis.

Una segunda actitud que incluye la percepción de formar parte de una gran familia unida por el lazo de amor. Somos mutuamente responsables de los demás. El bien de los otros es también el nuestro.

8ª Cosa. Nacer de nuevo. Este nacer de nuevo requiere “una mirada distinta, un pensamiento, una política, un programa educativo, un estilo de vida y una espiritualidad nuevas (LS 111).

Este nuevo paradigma da lugar a nuevos estilos de vida en que debe predominar la austeridad responsable, que consiste en vivir con simplicidad, sin excesos, sin hacernos con más cosas de las necesarias. “La sobriedad que se vive con libertad y conciencia es liberadora” (LS 223).

9ª Cosa. “Dialogamos para afrontar juntos estos desafíos”. En realidad, toda la encíclica *Laudato si* es un ejercicio de diálogo: está dirigido a toda persona que habita en este planeta, para “entrar en diálogo acerca de nuestra casa común” (LS 3). Todo el capítulo 5 de la LS está dedicado al diálogo. Diálogo en el ámbito internacional. En segundo lugar, en el ámbito nacional. Y en tercer lugar en el ámbito del diálogo de las religiones para la defensa del medioambiente y de los pobres (LS 200 y 201).

La necesidad de un diálogo público dirige el ejercicio de la política. Si el diálogo es tan importante, la política también lo será. Por eso la Iglesia, nos invita a valorar positivamente la política, como un arte que se busca el bien común.

Para el papa Pío XI la política era el ámbito mayor de la caridad. Y el papa Francisco considera que la política honesta que busca sin descanso el bien común es una de las formas más altas de ejercicio de la caridad” (EG 205).

10ª Cosa. Sostener la esperanza. Ser Iglesia es llevar esperanza. Una actitud necesaria es la resistencia al desaliento. “Siempre hay una salida, siempre podemos hacer algo para resolver los problemas (LS 61).

Juan Pablo García Maestro

Julio L. MARTÍNEZ, *Conciencia, discernimiento y verdad*, BAC, Madrid 2019, 393 pp.

Ya el título de esta obra, que recoge las tres palabras fundamentales en torno a las cuales va a girar el contenido, da constancia de la seriedad, profundidad y compromiso con los que el autor va a desarrollar esta obra. Son capítulos diversos, con un único hilo conductor, que gira fundamentalmente en torno a la moral. En cada uno de ellos Julio L. Martínez, profesor de moral en Comillas, se siente movido por el impulso de actuar respondiendo a su conciencia, con espíritu de discernimiento y en la búsqueda de la verdad.

Ya en el primer capítulo Julio L. Martínez anuncia que va a ofrecer los análisis y las reflexiones que le han provocado la lectura del capítulo VIII de *Amoris Laetitia* (2016). Parece, por tanto, que se trata de un libro en el que va a ir comentando las implicaciones pastorales que debe suscitar este documento y otros documentos eclesiales; pero no es así. De he-

cho, capítulo a capítulo, el autor va a ofrecer su propia reflexión, siempre girando en torno a los grandes conceptos que aparecen en el título, y relacionándolos con otros grandes temas de la moral. *Amoris Laetitia* es sin duda la obra más referencial a la que aplica su estudio, junto con otros escritos del actual Papa y de sus antecesores, siempre a partir del Concilio Vaticano II, pero sin reducirse a los contenidos que en dicho documento se manejan. Porque el libro profundiza en conceptos siempre importantes como la libertad, el bien, la cultura, la humanidad, el personalismo (del que avisa que no tiene nada que ver con el autocentramiento), la dignidad humana, la necesidad de diálogo... Y siempre teniendo como trasfondo la honda preocupación por evangelizar de un modo que sea posible en el mundo de hoy.

Amoris Laetitia, especialmente en el capítulo 8, número 300, supone un avance respecto a escritos

anteriores. Contrasta, por ejemplo, en el capítulo 6, lo que ofrece esta Exhortación Apostólica con *Veritatis Splendor*, publicada por Juan Pablo II en 1993. Considera que la de Juan Pablo II venía marcada por un claro cristocentrismo moral y una absolutización de la verdad fundamental, con una indiscutida defensa de la universalidad e inmutabilidad de los mandamientos morales. Todo esto cambia en *Amoris Laetitia*, sin que por ello se incurra en esta en un subjetivismo ni en un relativismo, sino poniendo en el centro el discernimiento personal y pastoral. Pero Julio L. Martínez deja claro que, sea cual sea el escrito del magisterio al que se refiera, de ninguno de ellos se pueden extraer recetas de conducta ni modos concretos de actuar, sino que son invitaciones a seguir confrontando a la persona con su propia realidad. Esto está mucho más claro en *Amoris Laetitia*, que se detiene en la realidad de la persona actual y apela mucho más a su capacidad de discernir y a su conciencia. Julio L. Martínez no evita abordar temas conflictivos, como por ejemplo si la Iglesia tiene distintos raseros para discernir en temas que tienen que ver con la familia, la sexualidad, la persona, y otros temas que tienen que ver con la política y lo social. Pero, tanto en este tema como en otros, Julio L. Martínez sigue fiel a su método y su forma de actuar,

sin dar soluciones, sino que sigue enfrentando con criterios, con la propia conciencia y la necesidad de discernimiento, siempre en un intento de apertura a la realidad actual.

Los capítulos 4 y 5 los dedica específicamente al discernimiento, en su variante personal y común respectivamente. Sigue teniendo como telón de fondo *Amoris Laetitia*, pero sin reducirse a él, sino ampliando el campo de la realidad humana y social en la que es necesario discernir. A veces ofrece pistas muy concretas, por ejemplo, las pautas de posible acompañamiento de la diócesis de Braga, para acompañar, discernir e integrar personas divorciadas en una nueva unión civil. Pero este tipo de ejemplos son los menos.

En el capítulo 6 vuelve a estudiar la moral general y el último capítulo, quizá el más largo, lo dedica a las otras dos palabras del título, que no había estudiado específicamente en los capítulos anteriores: la conciencia y la verdad. La clave fundamental para estudiar la verdad es la relación entre libertad y verdad, que se puede romper tanto por la imposición sectaria como por el relativismo radical. Reconoce que el tema de la verdad implica una profunda reflexión teológica, filosófica y moral que es especialmente interesante y necesaria hoy, cuando

el tema a veces se presenta hasta peligroso y chirriante. Igualmente, es interesante la reflexión sobre la conciencia, que se propone, de entrada, como un postulado incuestionable, a partir de un recorrido que parte de los mismos padres de la Iglesia hasta llegar al mundo de hoy, en el que es necesario corregir conceptos excesivamente objetivantes, como el de “ley natural”, y que requiere tener en cuenta la dimensión personal y existencial de la vida moral, en un sentido global y dinámico; todo ello sin considerar la conciencia como un oráculo infalible, sino como una realidad que debe considerarse en profunda relación con la “via Caritatis” y la “via integrationis”.

Es especialmente interesante una idea de fondo que mantiene a lo largo de muchas páginas, cuando afirma que la fidelidad a la tradición demanda innovación. En ese sentido, dedica una intensa reflexión sobre la *Humanae vitae*, informando primeramente sobre cómo surgió, la evolución que se produjo en la reflexión y en la redacción y las reacciones que provocó, no solo inmediatamente tras su publicación, sino décadas después, cada vez que se volvían a abordar los mismos temas. El autor expresa su opinión en contra de las interpretaciones más objetivantes que llevaban a absolutizar el naturalismo, negando

todo subjetivismo y anulando la autonomía de la persona. Afirma que el papa Francisco, con *Amoris Laetitia*, “marca unas líneas fundamentales de un nuevo paradigma menos normativo, menos procreativo más atento al discernimiento propio de los fieles” (p. 123). Y afirma, siguiendo al Papa, que “no todas las discusiones doctrinales, morales o pastorales deben ser resueltas con intervenciones magistrales”.

Este es un libro denso, apto solo para quien quiere dedicar un tiempo amplio a una reflexión profunda sobre la moral y sobre cuestiones fundamentales de filosofía, antropología y teología, en el contexto en que se mueven los documentos papales de moral de las últimas décadas, haciendo especial hincapié en *Amoris Laetitia*. Es claro en su exposición y a veces un tanto repetitivo. Ayudan mucho en su lectura los epígrafes en que va dividiendo cada capítulo, porque son muy clarificadores respecto a la idea central de cada apartado. La edición es muy cuidada, aunque en una próxima impresión deberían evitarse algunas erratas y la repetición de palabras.

Julio L. Martínez es consciente del compromiso que debe asumir el teólogo en función del campo de estudio tan delicado al que dedica sus esfuerzos y sobre todo en función

de la misión pastoral que se deriva de su trabajo, preocupado realmente por la *salus animarum*. Considera transcendental la necesidad de reducir la distancia que existe entre teología y pastoral, entre fe y vida, algo que el papa Francisco se ha propuesto, pero que realmente es difícil de lograr.

Aparecen muchas citas de distintos autores muy variados: Murray,

McIntyre, Newman, Buttigliare, Maurice Blondel, Rahner, Richard McCormick, Haring, López Azpitarte, Santiago Arzubialde, Mons. Semeraro, P. Spadaro, José Granados, Servais Pinkaers, Pablo Concha, Josef Fuchs, Olegario González de Cardedal, Henry Lubac...

Esteban de Vega

FILOSOFÍA

Enrique GONZÁLEZ FERNÁNDEZ, *Otra filosofía cristiana*, Herder, Barcelona 2020, 436 pp.

La mayor parte del libro, de una forma o de otra, se dedica a proponer la idea de que es posible otra filosofía que sea realmente cristiana, por encima de quienes, por una parte, consideran que la filosofía cristiana es la escolástica, derivada de Aristóteles y Sto. Tomás de Aquino, y, por otra, de quienes piensan que no es posible una filosofía cristiana, porque hay una clara oposición entre el término “cristiano” y el término “filosofía”: de hacerlas compatibles, tendríamos que hablar no de filosofía sino de teología cristiana. De hecho, ya desde la introducción, y es más, desde la misma cita de Ortega y Gasset con la que se abre el libro, se dice que el cristianismo se sirvió prácticamente desde sus orígenes de los esquemas filosóficos del pensamiento pagano anterior, con

lo cual perdió su capacidad para crear una filosofía completamente nueva, que habría sido de una riqueza inimaginable. En este libro se nos intenta dar pistas para acercarnos al evangelio desde categorías nuevas, no heredadas de la filosofía griega, pues acercarnos al Dios Amor del que habla el cristianismo nos exige estar por encima de las categorías helenas, generadoras de conceptos que encasillan y cosifican la realidad, la hacen abstracta e incompatible con el evangelio: conceptos como sustancia, accidente, naturaleza, causa...

Seguramente, el filósofo más citado a lo largo de esta extensa obra, y en quien el autor más se apoya, es Ortega y Gasset, y junto a él, su discípulo, y amigo personal de Enrique González, Julián Marías. De

hecho, Ortega se presenta como el paradigma del pensador libre, con capacidad creativa y con espíritu suficientemente abierto como para hacer una crítica profunda de la filosofía actual y para anunciar que una nueva filosofía es posible.

Al ser una obra tan amplia, el libro se hace repetitivo, pues las ideas que esboza desde las primeras páginas, que son las que ya he expuesto, aparecen una y otra vez a lo largo de los cuatro capítulos. Y, personalmente, considero que es un libro desigual, pues junto a páginas que se pierden por terrenos ya muy conocidos, que parecen no añadir nada a lo que ya ha dicho anteriormente, aparecen otras que resultan muy interesantes, con pormenores filosóficos e históricos de gran calado, como por ejemplo los que dedica a presentar la influencia que la filosofía aristotélica tuvo sobre el trato que los conquistadores de América dieron a los pueblos nativos. Por el contrario, quienes se pusieron de parte de la justicia y la defensa de los derechos de los indígenas, con Bartolomé de las Casas a la cabeza, serían el paradigma de los propulsores de una nueva filosofía.

La filosofía tradicional se apoya fundamentalmente en los conceptos abstractos de “naturaleza” y de “sustancia”, de interpretaciones universales, en detrimento de lo concreto y

lo individual. Lo universal es lo natural, y lo natural no permite el cambio y se opone a todo lo que se abra a la novedad, al contrario de la visión de la realidad que ofrece el evangelio, en el que prima el valor de lo concreto, de la persona, de cada persona, amada por Dios. De hecho, en un determinado momento dice que “filosofía cristiana significa el mayor énfasis en el individual variable frente a lo universal determinado por su naturaleza invariable” (p. 248).

En lugar de considerar que el Renacimiento supuso una oposición y una reacción al cristianismo, Enrique González piensa que más bien supuso la puesta en práctica de un intento de filosofar en cristiano, pues nació de la fuerza innovadora de propio evangelio, que propone una concepción de la realidad, y especialmente del ser humano, muy distinta a la que proponía la filosofía aristotélica. La concepción de mundo, por ejemplo, que se derivaba de aristotelismo, presentaba un universo quieto, perfecto, inmóvil, de puro mecanicismo que los científicos poco a poco van cambiando, pese a la oposición de la Iglesia. Pero, a la vez, ofrece otra imagen del hombre distinta, más abierta, más creativa, más cercana a la imagen de Dios. A esto añade otras notas que se incorporarán posteriormente a la filosofía, como es el valor de lo afectivo, el poder del corazón, el desbordamiento de la razón para que no se reduzca al

intelecto... Y esto cristaliza claramente en el raciovitalismo de Ortega y Gasset, por lo que, una vez más, Ortega se convierte en la referencia más clara de esta nueva filosofía.

Junto al gran número de páginas que se presentan en el libro en torno a los grandes filósofos que suelen aparecer en cualquier historia de la filosofía fundamental (Sócrates, Platón, Aristóteles, Sto. Tomás de Aquino, Descartes, Leibniz, Locke, Hume, Kant, Husserl, Heidegger, Ortega...) aparecen otras sobre filósofos no tan habituales, pero a los que Enrique González les concede gran importancia: Nicolás de Cusa, Pico della Mirandola, Suárez, Feijoo, Rosmini, Gratry, García Morente, Karol Wojtyła, Jérôme Lejeune.

A medida que el libro avanza, parece que se produce una evolución que va del amplio campo de la filosofía al más reducido del humanismo, porque, sin considerar que esta reducción se produzca totalmente, sí parece que en los dos últimos capítulos ofrece la idea de que la nueva filosofía, o la filosofía cristiana, se expresa en el humanismo cristiano. Esto se expresa de forma más explícita en el último capítulo, en el que aboga por el cambio del concepto del iusnaturalismo al del humanismo jurídico.

Afirma que las nuevas interpretaciones teológicas, que necesariamente hay que realizar para hacer más comprensible el evangelio y la experiencia

de la fe al hombre actual, necesitan una nueva filosofía, y pone un ejemplo al que se dedica con detenimiento, para hablar de la superación del concepto de transustanciación, que ya no dice nada al hombre actual, porque se deriva del significado que sustancia tenía en Aristóteles y de la interpretación que de él dio Sto. Tomás de Aquino. Propone para superar el concepto sustancia la utilización del concepto esencia, que tiene un significado que se refiere más al interior, menos físico, y que en lugar de transustanciación hablemos de conversión esencial. De la misma forma que en lugar de hablar de razón natural hablemos de razón divina, en cierto modo, sobrenatural. Pero lo cierto es que al final, me parece tan compleja para el hombre de hoy la explicación anclada en la filosofía tradicional como la que Enrique González pretende partir de estos ejemplos que expone y del conjunto de la obra. Reconozco el enorme esfuerzo que Enrique González ha realizado en este libro por liberar la interpretación del cristianismo de los esquemas conceptuales de la filosofía griega; pero creo que, a pesar de la repetición una y otra vez de ideas muy parecidas, me parece que no consigue gran avance.

Esteban de Vega